

EL TEATRO ESPAÑOL.

I.

Un año hará próximamente que apareció en la REVISTA EUROPEA un artículo, mejor intencionado y escrito que pensado, dirigido á fijar la atención del Gobierno sobre la infeliz situación del antiguo corral de la Pacheca, cuna de los principales ingenios contemporáneos, refugio un tiempo de la musa dramática, y copia hoy de aquellas poéticas ruinas que hacían cantar al poeta:

«Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.»

A aquel artículo, firmado por un escritor que no quiso darse á conocer, y que llevaba un título parecido al del presente, siguieron otros, notabilísimos por cierto, del Sr. D. Manuel de la Revilla, eminente crítico que esclarece todas las cuestiones que toca con su diamantina pluma. D. Ramon de Navarrete, en sus amenas revistas de *La Epoca*, un corresponsal de cierto periódico valenciano, y creemos que algún redactor de *El Cronista*, hicieron también eco á las ideas promovidas por el incógnito. Se habló en las esferas oficiales de que el Gobierno no permanecería sordo á tantas y tales excitaciones, y asegurábase que los resultados se tocarían pronto. Pronto se han tocado, en efecto; y quien alejado de Madrid por aquellos días, y gravemente enfermo además, no pudo tomar parte en los debates, sin pensamientos ridiculamente inmodestos, sin otra intención que dar el *desperta ferro* á aquellos valerosos campeones, pide hoy hospitalidad para este artículo al ilustrado director de la REVISTA EUROPEA. Y pedimos esa hospitalidad, porque consideramos la cuestión del Teatro Español de las más dignas de ocupar la atención de un gobierno que acaricia la nobilísima esperanza de ser el regenerador de España y de sus pasadas (¡qué adjetivo tan tristemente exacto!), de sus pasadas grandezas.

Inútil é inoportuno sería detenernos á probar la importancia que tiene, hasta para la moralidad de una población, la prosperidad y adelanto de la diversión más civilizadora y honesta, bien dirigida y encauzada, se entiende. Para toda clase de público

es, ó puede ser, el teatro fuente de emociones agradables, despertador de nobles ideas, escuela de útiles enseñanzas. Sin meternos en una cuestión que nos proponemos desentrañar algún día, recordando, como de paso, que el estado en que queríamos ver al Teatro Español sería la fortuna y riqueza de muchas artes, de todas, que todas se reúnen para dar esplendor al arte que de ellas es conjunto cabal y armonioso, haremos una sola reflexión. El espectador de galería alta ó paraíso deja quizás de emplear en la taberna la peseta con que compra su billete; el de anfiteatro bajo ó principal, empleando en el teatro su dinero y su tiempo, se libra de los mil peligros á que incita el ocio, el peor de los consejeros; y la dama elegante, el bien portado caballero de la butaca y del palco, no harán nada mejor que lo que allí hacen,—contemplando justos castigos del vicio, nobles arranques de la virtud, ardorosos alientos para levantadas empresas,—en las tertulias y sociedades, ni en los cafés y en los casinos. Con un público que por costumbre fuese diariamente al teatro, creemos que no habían de andar muy preocupados los moralistas y los gobiernos (1). Es más, el público necesita y tiene derecho á divertirse; y las personas de mejor gusto ó mejor instinto, cuando otras diversiones no existen, cuando las que hay no bastan para atraerlas, ó se buscan otras, ó se entregan á la primera que les llama. Los toros, el género bufo, los circos gallis-

(1) Por si alguien encuentra exageradas ó inocentes estas reflexiones, citaremos un caso de que hemos sido testigos presenciales, y que, si nos acusa de viejos, nos acredita, en cambio, de verídicos. Corría el año de 1849, y un hábil especulador había puesto las localidades del teatro de San Fernando de Sevilla á precios fabulosamente baratos, convirtiendo esa diversion en la única de la gente poco acomodada, que por real y medio se pasaba las noches y las tardes de los días festivos agradablemente entretenida. De pronto llega la noticia de la fuga de Pio IX, y con motivo de hacer la Iglesia rogativas por su restitución á Roma, se manda cerrar el teatro durante dos días (bien lo recuerdo, un domingo y un lunes), dejando abiertas las tabernas, porque estas sin duda no son tan incompatibles como el teatro con las funciones religiosas. Pues en aquellos dos días hubo tres muertes en riña, haciendo varios meses ya que no lamentaban los sevillanos una desgracia semejante. La parte más ignorante del público, privada del teatro, se divertía á su modo, privándose de la razón con el vino y de la vida con la navaja. La presente Cuaresma y días de Semana Santa ha de ofrecer en Madrid... ¡Dios no lo quiera, ya que lo quieren los hombres! algún nuevo y doloroso ejemplo.

ticos, los ecuestres, espectáculo este último no ménos brutal que el primero, deshonor de España, no caerán, no pueden caer mientras lo bueno no adquiera *amenidad*; condicion de que puede revestirse sin improbas dificultades, como algunos opinan, y sin la cual, á nuestro juicio, no es lo bueno completamente digno de ese nombre.

Y entremos ya á apuntar los que consideramos causas de la decadencia visible, palpable, axiomática del Teatro Español, dividiendo este ligero estudio en cuatro puntos, que tocaremos con brevedad: los autores, el público, los actores y las empresas.

II.

Están hoy día voluntariamente retirados de la escena de sus triunfos muchos autores que se encuentran en la edad tal vez más á propósito para producir, y á quienes arrastra, no sólo el afán de figurar en la política ó cultivar otros estudios, sino, en honor de la verdad, la falta de porvenir que la literatura dramática, con ser la más productiva de todas, ofrece al que, si ha de vivir de su trabajo literario, necesita dar gusto al público que ó le compra ó le deja sin comer. No hay más remedio. Y digamos al público una verdad tan grande como dolorosa (ahora que no estamos en el teatro y no puede rechazarla con silbidos): de algunos años á esta parte, el público fluctúa entre exageradamente benévolo para tragar lo malo, y más exageradamente hostil hácia casi todo lo que encierra un pensamiento serio, una forma literaria; como si lo uno tuviese un mérito ya en el solo hecho de ser grosero, y lo otro una falta únicamente en el de ser digno. Un zarzuelon bufo, una comediucha de magia, perpetrados en quince ratos de pereza y bestialidad, dan más aplausos que un drama ó una comedia aceptables; más dinero, más reputacion positiva, más crédito para con las empresas, y aún para con el público, con el público que canta las coplas de *La vuelta al mundo* y *El Siglo que viene*, y no sabe de memoria los versos que hacen, sin ir más lejos, y cuando la sed de oro no les domina, los mismos Sres. Larra, Coello y Ramos Carrion, autores de aquellos disparatados engendros que (sentiríamos equivocarnos) son hijos tan feos y raquíticos que deben avergonzar á sus mismos padres. Lamentaremos que estas frases, un poco duras pero de que no queremos rebajar una letra, molesten á alguien; creemos dar en ellas una muestra de cariño é interes á los que el público pierde y extravía precisamente cuando se les muestra más benévolo. Porque, créalo el lector, el escritor dramático necesita hoy, si ha de producir algo bueno, tener una vocacion parecida á la de los mártires, que se dejaban crucificar por la gloria, para seguir la carrera

de autor dramático, que va siendo una verdadera *carrera de baquetas*. Justo es decirlo: muchos habrá, hay sin duda, con pensamientos á que no darán forma por absoluta imposibilidad de que cobren vida sobre las tablas y salgan parecidos en algo á lo que son dentro del cerebro que los crea. Debemos creer que hombres de talento y buen gusto acreditado no se han de lanzar á escribir desatinos por natural disposicion ni facilidad para ello, sino porque no debe haber abnegacion que baste para sembrar buena fruta y cosechar fatalmente calabazas. La gloria es una cosa muy hermosa; pero el paso por el purgatorio, afirman algunas almas en pena con que me trato, que es cosa detestable, y en la casa donde no hay cuartos, se pasa el infierno.

Pero digamos algo que, sobre ser una verdad como un templo, aleje de nosotros, meros aficionados al teatro, y sólo por un deseo egoista interesados en su buena fortuna, la nota de parciales. Los autores dramáticos deben recordar aquello de «Todos en él pusisteis vuestras manos,» y no considerarse libres de tacha. Esperar que los autores dramáticos no ligados por la amistad, no dotados de uno de esos caracteres que gozan con los triunfos ajenos, y se alientan con los vuelos de otro, dejen de mirar sus obras con más interes que ninguna; se unan para proteger al prójimo, es pensar en lo excusado, es hacerse ilusiones por el triste placer de perderlas. En nada se opone, sin embargo, el interes particular, legítimo y comprensible, al provecho comun; ántes pensamos que sólo de la franca y leal union de los encontrados intereses puede nacer la ventaja de todos. Nada se apoya mejor que dos cosas opuestas y que al encontrarse se afirman y sostienen mutuamente, hasta sin pretenderlo. Los autores dramáticos franceses se devorarán particularmente, encontrarán, ni más ni ménos que por acá cada hijo de vecino, Sardou que Dumas es ménos autor dramático que él; Dumas, que echa la pata (*passer moi le môt, M. Alexandre!*) al autor de *La famille Benoiton*, y *ainda mais*, que escribe más elegantemente que él y sabe decir las cosas más crudas con regocijo hasta de las personas timoratas; pero en tratándose de defender los intereses de todos, recuerdan y demuestran la verdad de aquel hermoso proverbio de su tierra: *L'union fait la force*. Por acá, y sobre todo los modernos, lo han arreglado de otra manera. Los poetas saben, eso sí, ponerse como un trapo (que no esté excesivamente limpio); pero ¿unirse, ampararse unos á otros, pensar que ya es hora de que se adopte para lo útil y lo bueno el sistema de asociacion, tantas veces empleado con fortuna en provecho de cosas ridículas ó perjudiciales á la patria? No señor; los españoles no somos hombres de eso. Cada uno en su casa, el diablo en la de todos, y vivan

los derechos individuales, y el que no se consuela es porque no quiere. Los autores dramáticos en España han echado en olvido que hasta los pobres animales tienen instinto de conservación.

III.

Vamos al público, que equivale á decir en lenguaje hoy de moda: «Vamos al toro.» Y á fe, á fe que sentimos que el público no tenga toda la culpa, porque se la arrojáramos á la cara con grandísimo gusto; no por agravios personales que vengar, sino porque es y siempre será el más fuerte. ¿El público está atrasado? Sin pretender que nuestro público sea el bello ideal en el género, ni mucho ménos, creemos que generalmente tiene alguna razón al juzgar las obras tal como se le presentan; al favorecer éste ó el otro espectáculo.

El público en España no tiene verdadera afición al teatro; es cierto. El público va en Madrid á tal teatro y tal día, porque *es moda*. Pero fijémonos un poco y veremos que, instintivamente, sin darse él cuenta de ello, no hace nunca centro de sus reuniones un sitio donde se pase mal. Va los lunes á la Comedia; pero allí, *cuando se distrae* y se ocupa de lo que dicen y hacen los actores, se divierte y halla frecuente ocasion de aplaudir. Va al Real los primeros turnos; pero cuando se cansa de hablar de modas ó política, cuando la música verdiniana ó wagneriana es tan atrevida que se propasa á no dejar oír al socio del Veloz ó á la estrella de los salones, el público, como quien cobra una aproximación de lotería, escucha á Tamberlick dar una nota jöven y ardiente, ó á la Pozzoni cantar un ária con pasión y con gusto. El público no se reunía un día fijo en la caja de los truenos (léase teatro de Apolo), ni en el simpático coliseo de Jovellanos, donde el inteligente Sanz no consigue ser tan hábil empresario como actor y cantante distinguido. El público ¿qué duda tiene? necesita aprender mucho todavía, necesita dejar de mirar el teatro como una tertulia; pero, ¿quién sabe si el estado de atraso, de abandono más bien, en que aquel se encuentra, es origen de que poco á poco haya ido perdiendo el público la afición que hace algunos años tenía, y que imite al hombre mejor educado que, cuando se aburre soberanamente en una reunión, deja de frecuentarla ó se entretiene en mirar los cuadros y las caras de las muchachas bonitas (¿qué cuadros más agradables?), mientras un necio dice... lo que dicen los necios, lee versos un poeta triste, ó canta una señorita aficionada... á martirizar á sus amigos? Nosotros creemos y esperamos que el día en que el teatro vuelva á ser lo que fué en época no tan remota que la actual generación no la recuerde; el público volverá á fijarse. Ahora, seamos francos, no vale ni la pena de predicarle, porque quizá, *si se fijara*, autores,

cómicos y empresarios echarían de ménos su indiferencia presente. Muchas veces lo hemos temido, y sentiríamos despertar una idea horrible, infausta, espeluznante.

El público va á caer al fin y á la postre en la cuenta de que el reunirse en un salon particular ó fundado por acciones, en un salon ancho, bien iluminado, con asientos visibles ante todo, resultaría ménos caro que pagar un abono ó enriquecer revendedores, y libre, además, del esfuerzo que supone el trabajo de abstraerse de un drama de Echegaray ó una zarzuela de Barbieri. Esto sin contar con que, mirándose unos espectadores á otros, en la buena y en la mala sociedad, el público podría ver comedias muy bien hechas. Pero no divaguemos y recojamos una idea apuntada arriba. Ocho ó nueve años hará á lo sumo que, vivo todavía Julian Romea, y al frente él y Valero de una soberbia compañía, se representaba en el teatro Español *El alcalde de Zalamea*, admirablemente refundido por Ayala. El éxito fué digno de la ejecución que alcanzó aquel asombroso drama. El público estaba en el teatro *como en misa*; todos los murmullos, todas las palabras se habían reservado para aprobar y dar rienda suelta al entusiasmo; los gemelos sólo se dirigían á los semblantes iluminados por el genio, donde hasta la aristocrática dama, otras veces distraída y displicente, sorprendía la verdad con más regocijo que la belleza propia en el espejo de su tocador algunas horas ántes. Y ¿por qué? ¿Por qué sucedía eso? Porque la cosa valía la pena. Digámoslo de una vez: una obra sin presentar un conjunto armonioso, sólo consigue que el público se aburra, como se aburriría el más aficionado á cuadros si se le mostrase *El testamento de Isabel la Católica* á través de una gasa, ó *La vicaría* de Fortuny, con todos sus colores vivos y brillantes, en una habitación á oscuras. ¿Sería que no le gustaban los cuadros? Sería que el infeliz no llegaba á verlos, y podría decirse de él, haciendo un retruécano, que *si no podía ver la pintura* era porque no la podía ver.

Refórmese el teatro, háganse bien las comedias, y quizá lleguemos al caso de Alemania, donde la sala se deja casi á oscuras cuando se levanta el telon, para que el público no se distraiga *sin querer* y resplandezca lo que ha ido á ver allí, mediante su dinero. Refórmese el teatro, y nos libraremos de que *Asmodeo*, el discretísimo *Asmodeo*, pida á un empresario desde las columnas de *La Epoca*, de la cultísima *Epoca*, que prolongue los entreactos... ¡porque el público va allí, en primer lugar, por los entreactos!!!... A ese paso va á haber empresario que tome un teatro, y, sin necesidad de contratar compañía, anuncie en sus carteles: *Gran funcion para hoy; entreacto que comenzará á las ocho y media de la noche, y concluirá á las doce*. *Asmodeo* y el pú-

blico se lo agradecerán; y él podrá poner precios razonables á las localidades, si el ir no se pone decididamente de moda, en cuyo caso, mientras más caras sean, más gente irá.

IV.

Digámoslo de una vez. Lo que falta en el teatro español, es actores; mejor dicho, union, concierto entre ellos, y, sobre todo, una hábil direccion que los tire por su bien, pues el teatro no está aún preparado para la república, ni aún para la monarquía constitucional. El actor (parodiemos una frase célebre) *tiene derecho á la esclavitud*. Autores, ya lo hemos dicho, no faltan. Los militares retirados ó de reemplazo podrían volver á activo servicio, y volverían si en la guerra literaria pudieran ganar más grados y cruces laureadas que derrotas ignominiosas y en cierto modo inmerecidas. Aparte de esos gloriosos veteranos, hay una oficialidad brillante que se dispone á escalar el Parnasó, y que por falta de aliento, por falta de municiones, por falta de órden en la concesion de ascensos, y aún de exactitud en el cobro de los haberes, está de cuartel y acabará por pedir la licencia absoluta. Actores, actores son menester, porque sin actores no hay obras. Una obra se piensa y se escribe, y el dia de su estreno es el último de su vida si no se representa bien, hallándose ya los autores tan resignados á esta desgracia como la humanidad á la muerte, considerándola ley de naturaleza. Y esto es altamente injusto; esto es capaz de acabar con las ilusiones de un ángel. Las obras que no se hacen, *no se hacen*, y es sentencia de Pero Grullo. Las que se hacen mal, se calumnian, y mientras mejor sea la obra, mayor daño se le infiere, porque un sainete mal representado, puede tolerarse; pero un drama en ese caso, resulta un sainete insoportable. Obras hay que estrenaron y estrenan actores eminentes que desaparecieron y desaparecerán con ellos: esto es justo; pero las hay también que murieron y morirán á manos... y á boca y á ojos de otros no tan eminentes, y esto es injusto. Hemos afirmado que el mayor tanto de culpa en el mal que lamentamos, y quisiéramos contribuir á remediar, pertenece á los actores. Estudiemos un poco la cuestion. ¿Cómo se forman los actores en España? Casi siempre *coge y se hace actor* el que no sirve para nada, y por consiguiente no puede servir para un arte que exige, sobre disposicion y natural instinto, conocimientos que ni se improvisan ni se suplen. Cumple un mozo los veinte años; se convence de que Dios no le llama por el camino de las leyes, ó de que él no está de humor de oír á Dios; se convence de que los suyos no han de llegar al poder y darle un destino; se convence sobre todo de que si no se ocupa en algo va á tener

el estómago desocupado, cosa molesta por más que digan; y en esta situacion, y sin darse una vuelta por el Conservatorio (en lo cual, tal como está el Conservatorio, da hasta una prueba de inconsciente buen gusto), sin figura (sin figura á propósito para las tablas, quiero decir), sin voz ó sin arte para emitirla, sin capacidad para observar caracteres y estudiar costumbres, cuélase... (¿les parece á nuestros lectores que le llamemos D. Casimiro?) cuélase Don Casimiro en el teatro como los franceses en Pamploña, á traicion y contra la voluntad de la patria. El primer año hace criados y anuncia que la mesa está servida; el segundo, que sabe lo mismo y tiene menos entusiasmo por las comedias y más aficion al café y á la manzanilla, hace un galancito jóven, ó lo deshace si viene á mano; el tercero, se hace primer actor y director de escena, resuelto á dirigirse él (en vista de que nadie consigue dirigirle, ni digerirle), y nos hace el favor de irse á provincias, de donde vuelve al cabo de seis ú ocho años á más tardar (¡siempre vuelven!...), más resabiado, con más tonillo, más necio y presuntuoso de lo que se fué, porque en Coria le hicieron hijo adoptivo del pueblo, en Vitigudino le echaron tres coronas y en Ciempozuelos por poco hay un escándalo en el teatro sólo al verle salir. Vuelve á Madrid nuestro hombre; y como no hay otros en juego, como el público necesita un ídolo, y si no lo tiene de oro, adora un cántaro con alma de ídem, cátese usted á D. Casimiro primer actor del teatro donde hacía pocos años era D. N. N., y el que se indispone en las tardes de sol para que la funcion pueda suspenderse. A fuerza de oírle, á fuerza de verle, á fuerza de leerlo en *La Correspondencia* y en el cartel, el público conviene consigo mismo, dándose á sí propio el bromazo, en que aquello es un primer actor. ¿Y qué hace D. Casimiro al llegar *al poder*? ¿Qué pide?—¿Qué ha de pedir? Cuantas gollerías y preeminencias caben en la imaginacion de un zanguango metido á grande hombre. Y si eso piden los inútiles, los que tienen el valor del pan duro y los ratones en el sitio de Paris, los genios de lo relativo que hace, en el reino de los mosquitos, elefantes á los moscones (no aludimos á nadie) ¿qué pedirán, mejor dicho, qué no pedirán los que con estudio y talento ó con una de esas disposiciones que se abren paso á través de los propios defectos y abandonos, llegan al primer puesto por derecho de conquista? Por vía de ejemplo, fijese el lector en el siguiente patron de contrata para una primera actriz, y no lo considere hijo de nuestra *acalorada* fantasía. Es la moda del año y lo que *se lleva* ahora por las personas que quieren *vestir* bien. Obligaciones de la actriz: tomar parte en 20 funciones al mes. Derechos: 18.000 rs. mensuales; 30 duros cada funcion que pase de las 20, bien sea de tarde ó de noche; potestad para admitir ó rechazar

toda clase de papeles; lectura previa de las obras que han de ponerse, y voto decisivo sobre su admision; intervencion en la contrata de otros actores, que sin su anuencia no podrá verificarse; un beneficio libre (todo el dinero que éntre en el teatro para la beneficiada); ensayar siempre despues de medio dia y nunca despues de las tres de la tarde, y un carruaje de cuatro asientos á su disposicion... Con semejante contrato (contrato... por decirlo así) que hace innecesaria la empresa en un coliseo, y que, digámoslo con franqueza, no es otra cosa que el *perfeccionamiento*, un tanto exagerado si se quiere, de los que de algun tiempo á esta parte han venido haciendo nuestras más exigentes eminencias artísticas, ¿es posible arte, ni negocio, ni nada? Y mientras el autor de la obra, *el que trajo las gallinas*, el que llena el teatro en primer término, porque en España los actores no bastan por sí solos para llevar gente al teatro, y cuando hacen su repertorio, *cuando salen ellos*, suele estar vacío, no gana ni aún la mitad que el galán ó la dama en los dias de lleno. Maiquez y la Rita Luna ganaban cuatro ó cinco duros, y dicen que, para ese precio, no lo hacían mal... La verdad es que estos no lo hacen mal tampoco. Lo que dificultan condiciones tan... risibles la marcha de una empresa, la formacion de un cuadro igual y completo, lo que se oponen á que se piense en la composicion de obras que no sean monólogos ó *duos* mal coreados, no hay para qué decirlo. Salta á la vista; como á la vista salta tambien que nuestros actores, despues de haber encontrado la gallina de los huevos de oro, han decidido abrirla y sacarlos todos de una vez.

V.

Y esto ¿será efectivamente imposible de remediar? El mal está en los actores; pero ¿es que faltan actores? Nada de eso; los hay, y con ellos podría formarse un soberbio cuadro, un cuadro digno del primer teatro de España. A eso tiene derecho el público, á eso tiene derecho el autor dramático, y para que eso suceda todos debemos trabajar, cada uno en su esfera; los mismos actores trabajarían, si conocieran sus verdaderos intereses y el final de la fabulita que están poniendo en accion. Hay el mal de que si los que han llegado despues, y con méritos á lo sumo iguales, *piden la luna*, como diría Sagasta, los que tienen una reputacion hecha y consagrada, no pueden decorosamente admitir menos que el sol, sin quedar postergados; y cobrando lo mismo todos, ni aún poniendo el teatro de verso á doble precio que la ópera italiana, conseguiría una empresa cubrir gastos (1). Pues sólo con esa reunion,

(1) Sabemos que la actual empresa del teatro Español, adivinando los deseos del público, y con un desprendimiento que quizá le es más difícil que á ninguna, apenas

hermosa y tentadora como todo lo difícil, habrá remedio para el mal que deploramos.

Da pena comparar el teatro frances, el Odeon, el Gimnasio, el último de los teatros parisienses, con el primero de España. ¡Qué organizacion tan admirable la de aquellos teatros! ¡Qué ejecucion tan acertada, tan llena de detalles y primores (en la comedia sobre todo) alcanzan allí hasta las obras más ligeras y baladies! ¡Cómo está servida la escena! ¡Qué público aquél! ¡Qué bien paga! ¡Cómo soporta aquellas localidades todavía más incómodas que costosas! Francia es sin duda el país de la comedia; y sin duda porque los franceses son cómicos de nacimiento, porque hablando en tésis general (como decía el pobre Camprodon) allí todo es comedia, el arte, la industria, la ciencia, la verdad misma, el teatro está tan adelantado. Pero los españoles, que los imitamos servilmente en todo lo malo, ¿no hemos de copiar alguna vez lo que hacen como nadie?

Y no es que los actores franceses tengan más talento que los nuestros. Quizá hay allí ménos genio, ménos facilidad, ménos intuicion artística; pero hay educacion para eso como para todo; hay verdadera crítica teatral, que nunca obedece á más intereses que los del público; hay verdadera formalidad... en cuanto con la farsa se relaciona. Allí cada actor tiene su género; el que estudia y hace hoy un viejo ochenton, no tiene que hacer mañana un jóven de veinticinco años; una mujer fea, con voz escasa y mucha edad encima, puede lucirse tanto como otra en la plenitud de sus facultades. Allí á los actores no se les exigen imposibles como por acá (1), y

tuvo noticia de la llegada á España de D. José Valero, gloria de la escena patria, único que queda de aquella inolvidable pléyade de los Latorre, los Romea y los Arjona, le pidió proposiciones para que diese algunas funciones en el clásico coliseo. Nos aseguran que Valero contestó en estos ó parecidos términos: «Mis proposiciones son muy sencillas. No quiero otra cosa que cinco duros más que el actor que más gane entre los que la empresa tiene ajustados: 1.º, porque mis años y mi reputacion, bien ó mal ganada, deben servirme de algo; 2.º, porque soy tambien director de escena, y ese trabajo merece algun galardón.» La empresa, comprendiendo toda la fuerza de estas razones, quiso y no pudo ajustar al actor eminente. La cifra á que montaba su presupuestó no se lo consentía.

(1) Un ejemplo de esta verdad nos presenta en estos dias lo que ocurre con la enfermedad de D. Antonio Vico, el hombre quizás *de más madera de actor* (usando una expresion vulgar) que tenemos en España actualmente. Resentida la garganta de Vico por los esfuerzos á que le obliga la índole de los papeles que ordinariamente se le escriben, y que no son los únicos que él puede representar; resentida por el fatal sistema de declamacion que han adoptado nuestros actores, y que consiste en *sacar los aplausos* ¡frase anti-artística! á grito pelado (en lo cual al público, que suele no recompensar en los mismos que gritan, y cuando de gritar se cansan, otros detalles y primores, le cabe no poca vergüenza).—Vico tiene que retirarse, temporalmente al ménos, de la escena de sus legítimos

una bien ordenada distribución de puestos, fundada en el perfecto conocimiento de cualidades y condiciones, convierte el negocio en un arte y el arte en el mejor de los negocios. Goth en la comedia francesa trabaja poquísimas veces, porque ya está anciano y débil; pero de cuando en cuando hace un papel en cuya ejecución su misma vejez es un atractivo natural, un apoyo seguro; y siempre su experiencia, su talento, su habilidad y arte supremo para dirigir los ensayos de una obra, lo hacen inestimable para el autor, para la empresa, para el público, y para sus propios compañeros y discípulos. En España tenemos á D. José Valero, en su casa; á Matilde Díez, en su casa; á Teodora Lamadrid, en su casa; á Pepita Hija, en su casa; á Victorino Tamayo, á Rafael Calvo, á otros varios actores, fuera de Madrid, fuera de su puesto, desposeídos de lo ganado con sudor del alma en nuestra primera escena. ¡Y qué diferentes serían las obras que mejor ejecutadas encontramos, con el concurso siempre útil de los veteranos unido al entusiasmo siempre necesario de los bisoños! *Locura ó santidad*, el mismo hermoso drama del Sr. Echegaray, que tan bien representado nos parece por la luz que irradia la obra y que hasta las sombras ilumina, es susceptible de una ejecución más perfecta en conjunto. Elisa Boldun, que ha pasado el Rubicón en esa obra, que ha dado en ella el salto que separa al talento de la eminencia, no debería temer rivales, capaces de superarla en el papel de la nodriza Juana, que no puede interpretarse mejor; pero otros actores que no quiero nombrar, ó por estar fuera de sus condiciones los papeles que han hecho, ó por ser aún insuficientes, ó porque en España el actor tiene que adivinarlo todo y es un soldado que ataca sin jefe, un músico que toca en la orquesta sin batuta que le marque el compás, han quedado muy por bajo de sí mismos. No hablemos del otro drama del mismo autor, *Cómo empieza y cómo acaba*: es obra que, como muchas del teatro contemporáneo, están por estrenar, *se han puesto como nuevas*, como decía un amigo nuestro con gracia... y justicia. Excepción hecha del Sr. Vico, que tuvo muchos momentos felices, y de la señorita Contreras, los demás actores se reservaron para mejores ocasiones. Cepillo, actor estimabilísimo y en ciertos papeles realmente notable, aunque recelamos que no peca de entusiasta por el

triumfos, porque está ronco, afónico, completamente afónico muchos días, y cada drama, cada esfuerzo que hace destruye su salud y agota sus facultades. Ahora bien: ¿sucedería esto si Vico no ensayara y trabajase más de lo que en cualquier parte del mundo trabaja el actor más sano y robusto? ¿Qué más que media docena de papeles de importancia, y es demasiado, puede, aparte de su repertorio, estudiar y hacer concienzudamente un actor? ¡Parece mentira que cosas tan claras no se comprendan! Sin duda ofuscan con su misma claridad,

arte que le sostiene, no puede hacer un galán joven siempre vehemente, siempre animado: Rafael Calvo hace eso como nada y como nadie. Elisa Boldun no puede hacer la mujer de una media edad, porque su cara añorada, su voz de timbre fino y delicado se lo impide; y el talento, por grande que sea, vence imposibles de otro género; pero se estrella siempre contra las ruines dificultades materiales. Valero, con la movilidad de su semblante, con su talento inmenso, hubiera hecho un carácter de aquel tutor tan desamparado por el autor del drama, diciendo palabras donde no las hay y son necesarias sin decir las con la boca y sin que por eso se entendieran peor... ¿Para qué seguir? Esto nos llevaría muy lejos; nos llevaría quizás al odio de personas que desinteresadamente admiramos y aplaudimos, porque los actores, constituidos en reyezuelos, suelen creer que no los quiere quien por sistema no los adula, siendo así que ése es precisamente quien los desvanece y destrona. La igualdad en la interpretación de las obras es el secreto del éxito que, como empresario y como artista, obtiene Mario en el teatro de la Comedia. Dice la gente: «Mario es simpático... su teatro tiene buena sombra... Por eso gana aplausos y dinero.» ¡Qué tontería! ¡Qué vulgaridad! El simpático y excelente actor Mario (Mario sin entrar en su puesto como el soldado en la fila ó el capitán en el que le marquen) no aumentaría en un céntimo las entradas del teatro Español con su nombre en los carteles. La buena sombra existe; pero la da única y exclusivamente la buena luz. El público va al nuevo coliseo de la calle del Príncipe, ejemplo de cal y canto que le ha salido á su viejo vecino y que no debiera éste echar en saco roto, porque allí se hacen comedias sencillas, modestas, pero bien representadas. La representación de un drama ha de ser un cuadro; no en balde la embocadura es un marco en la intención y en la forma. Pues figúrese el discreto lector un cuadro en que una figura está bien pintada y es grande, en que otra es pequeña ó dibujada con descuido, en que no hay tonos, ni color, ni perspectiva, ni ambiente, en que el fondo y los detalles se han abandonado por completo. El cuadro le parecerá detestable. En el teatro de la Comedia hay uno completo en su género; no será el de *Las Lanzas* de Velázquez; no será el cuadro de historia ó composición grandiosa como debe ser el del teatro Español; pero será un lindo cuadro de género, ó cuando ménos un agradable cromó donde todo está bien proporcionado y dispuesto.

VI.

Vamos á concluir, temerosos de haber concluido ya con la paciencia de los lectores, tratando muy someramente el último punto de los cuatro en que dividimos la materia de nuestro artículo.

Tres clases de empresarios ha tenido el teatro Español; tres clases que nos permitiremos designar: 1.ª, el empresario actor; 2.ª, el empresario propiamente dicho, y 3.ª, el empresario aficionado.

Un actor, cuando se trata de dirigir un trabajo importante, cuando el género que se cultiva puede producir emulacion verdadera, capaz de sobreponerse al afan de lucro, no debe en ningun caso dirigir una empresa. Dejemos á un lado la consideracion de que las dificiles, honrosas, pero anti-artísticas preocupaciones que lleva consigo un negocio, no son las más convenientes á quien ante todo necesita ser artista, y nunca lo será sin tiempo para el estudio, sin ocasiones para la inspiracion, sin reposo en el alma, que rara vez hace bien una sola cosa, y dos al mismo tiempo jamás. ¿Se dará el caso de que un hombre nazca á la vez con disposiciones declaradas para actor y para empresario? Pues aún así, una entidad perjudicará á la otra, si sus fuerzas no son tan iguales que mutuamente se neutralicen. El teatro es un palenque estrecho; los favores del público se conceden al preferido á dos pasos de su rival, y á la vez no se dan dos aplausos iguales; las ocasiones de brillar más y de lucirse ménos, se repiten frecuentemente; la emulacion está allí siempre amenazada de convertirse en envidia, como los arrebatos de sangre en erupciones; y quien reúne á la ambicion los derechos de tirano, ¿cómo no ha de abusar de su fuerza? Es más; en un actor, el género de su talento, sus convicciones literarias, el natural deseo de sacar triunfantes sus aptitudes é ideas, destruye la serenidad imparcial y constante que exige tan comprometido y penoso puesto. Hácenselo aborrecer al propio tiempo los compromisos que trae consigo, y que á veces hasta dañan su reputacion, que es lo primero, y es natural que lo sea, para un artista.

El empresario propiamente dicho, siempre que á la propiedad una la inteligencia y la honradez, claro es que debe ser el preferido; pero el negocio teatral no consiente *negociantes* en el sentido usual de la palabra. Cree el que escribe estas líneas (y poco trabajo le costaría demostrarlo) que no hay negocios mejores que los decentes; no sólo para con Dios, sino, á la corta ó á la larga, para con el bolsillo. La virtud y el decoro son, por decirlo así, un matrimonio tan elevado y digno que no se trata ni con la tontería; y el que pierda su dinero en especulaciones aventuradas por su índole, ó por los que las manejan, culpe á su inocencia fuera de lugar y de ocasion, á su necia confianza, y no á su honradez; que ni entónces ni nunca ha de servirle de estorbo por grande que ella sea, y aún cuando se trate de entrar por las estrechas puertas del cielo. ¡Cuántas veces lo hemos pensado y no lo hemos dicho, temerosos de que se nos riesen los perros de la calle,

cuyo desprecio—sea dicho de paso—nos dolería mucho más que la estimacion de ciertos hombres! Si Arderius, si el inteligente Arderius, que sabe ser empresario sin duda alguna, que es el diablo artístico de nuestra época, se hartara de carne y se metiese á fraile, aplicando á reconstruir el teatro Español la fatal y aguda piqueta, el poderoso brazo empleados en demolerlo... ¡Ah! dadme gente lista, gente lista y activa para todo. El extraviado, sea en lo que fuere, puede arrepentirse y ser útil á la sociedad hasta por su misma tristísima experiencia; de los tontos no puede esperarse ni arrepentimiento.

En honor de la verdad, el empresario negociante es el que ha dado más esplendor al teatro Español; y la temporada en que se hizo la refundicion del *Alcalde de Zalamea*, y otras dos más recientes, han sido las más fecundas para el arte escénico en esta última época. El Sr. Roca nos presentó en la primera de esas temporadas, y ocupando los dos primeros puestos del teatro, á dos jóvenes que son desde entónces gloria de la escena y encanto del público: no es necesario nombrar á Elisa Boldun y á Rafael Calvo. El Sr. Roca, reforzando al año siguiente su compañía con Teodora Lamadrid, Pepita Hijosa, Antonio Vico y otros actores estimables y laboriosos, dió á conocer poetas y puso en escena obras que de entónces acá no han vuelto á representarse, ni podrán repetirse seguramente en iguales condiciones. *La rica-hembra*, *El príncipe Hamlet*, *Honrar padre y madre*, *El baile de la condesa*, etc., etc. Pues ese mismo señor Roca, arrepentido, él se sabrá por qué, de haber ganado honra y provecho durante dos años, se cansó sin duda de crédito y fortuna (¡dichoso él!), y presentó un cuadro de actores indigno de nuestro primer teatro, que no pudo conquistar ni el favor del público ni la benevolencia de la crítica.

A la hora presente está la empresa del teatro Español en manos del empresario que llamábamos *aficionado*. El Sr. D. Felipe Ducazcal, á quien nadie que le conozca negará seguramente inteligencia ni actividad, y que es, aparte de eso, uno de los hombres más simpáticos y sencillos que ha conocido el que escribe estas líneas, se ha metido en el teatro, espectáculo porque tiene debilidad (y la tendrá mayor, y *debilidad* más grave si no se retira á tiempo), se ha metido en el teatro como los ratones en la ratonera; siendo de presumir que no se encuentre en ella muy á gusto ni se harte de queso. Creyó sin duda el Sr. D. Felipe que la cuestion teatral era parecida á las políticas, y que despues de haber conocido á tantos politiquillos no habría cómicos capaces de pegársela á él. Presumimos que ya habrá salido de su error, y que convencido de que en el teatro no todo es política, ni mucho ménos, soñará frecuentemente con retirarse á la vida privada.

Por todo lo dicho, y no muy lejano para todo lo que es preciso pensar el día en que el teatro Español ha de sacarse á pública subasta, creemos que el gobierno de S. M. debe conceder una mirada de atención á lo que por más de un concepto debe preocuparle. La carrera de actor puede merecer ese nombre, puede dignificarse y ser una profesion más abierta para los sércs soñadores y vehementes incapaces de sujetarse á ser médicos ó abogados, á trabajar muchas horas seguidas, que han nacido para eso, como el militar para dar mandobles y el comerciante para hacer dinero. Créalo el Gobierno, que sinceramente se lo decimos: por propio interes debe fijarse en la situacion del teatro y remediarla. Los políticos parlanchines é inquietos que bullen por las antesalas de los ministerios, que á veces hasta á los escaños de una Cámara sé suben, que tienen tal cual vez una cara expresiva, una voz sonora, cierta viveza de imaginacion y no excesiva cortedad de genio para ponerse en evidencia, son actores, sin sospecharlo, y merecen ser puestos en escena. ¡Qué ventaja para un gobierno la de dar destinos sin gravar el presupuesto; destinos cuyas nóminas pague el público con la sonrisa en los labios y aplaudiendo su propio desembolso! Fijese, fijese el Gobierno en todo esto; que, comparado á tantas ventajas el pequeño sacrificio de la subvencion que debe obtener el futuro empresario, resulta insignificante y conveniente. Hemos escrito la palabra subvencion, y por algo se nos ha venido á la pluma. Si el empresario del teatro Español no ha de ser un actor, ni un negociante, ni una persona poco acostumbrada al cargo, la que lo tome con deliberado propósito de enaltecer la dramática española ha de perder bastante, y sería demasiada exigencia pedir á un hombre que trabaje mucho y bien, y que al hacerlo así le cueste su dinero.

El teatro Español, á nuestro juicio, no debe constituir un negocio. El teatro Español debe ser refugio y sagrado del arte escénico, donde se mantenga viva la llama de la inspiracion de nuestros artistas, y tan viva como ella la agonizante aficion del público. ¿No hay un Museo nacional de pinturas? ¿Gana el gobierno dinero con él? ¿Su mantenimiento no cuesta grandes y bien empleadas cantidades? Pues ¿qué otra cosa sino un museo es nuestro teatro? Y ¿qué otra cosa que cuadros *pintados para vivir* son los dramas de Lope y Calderon, y los de sus, cuando no dignos, bien intencionados sucesores? Somos aficionados á la música; gozamos tanto oyendo una buena ópera, como escuchando una buena comedia; por eso no tenemos inconveniente en decir que lo que pasa con el teatro Real es inconcebible, escandaloso, denigrante para España, y asunto digno de la burla de los extranjeros.

El teatro Italiano subvencionado con largueza,

el teatro Italiano dando funciones cuándo y cómo quiere, sin obligacion siquiera de tender la mano á la recién-nacida y ya moribunda ópera española, espectáculo nacional que, cuando ha comenzado á tratar de vivir, ó ha tenido que irse á buscar asilo en los coliseos inferiores, como los parientes desheredados que no lo encuentran jamás en el palacio de los que disfrutaban los usurpados bienes, ó ha recogido con vergüenza, pero sin satisfacer el hambre, las migajas de la mesa del rico, servidas en el suelo y á la hora de ser levantados los manteles. En Francia, mientras aquí protege el gobierno el único espectáculo que el público protege decididamente, el teatro extranjero tiene hasta un número limitado de funciones. No nos tomen los lectores por afrancesados; que el haber vivido largo tiempo en aquel país, más ha encendido que apagado en nosotros el cariño, la adoracion hácia la madre patria. Como á madre idolatramos á España: envidiamos á Francia como á madre más feliz que la nuestra, y queremos para la nuestra todo lo que otra madre puede tener, porque de todo lo bueno la consideramos digna, y todo nos parece poco para ella.

Ibamos diciendo que el Gobierno debe subvencionar el teatro Español; y debe subvencionarlo atendiendo en primer lugar al decoro y prosperidad del arte, sin que, como en otras épocas y casos se ha visto, se finja favorecer al arte y se le desnude de la piel (que es lo único que le queda), para vestir á otro que quizás no sea santo, y haciendo algo parecido á socorrer á un pobre con una moneda falsa. No debe olvidar tampoco el Gobierno lo sucedido en la fundacion del teatro Español, allá por los años de 1850: la intencion fué bonísima, los resultados no tan buenos. Imitemos nosotros la intencion, y procuremos que sea fecunda en esta ocasion la triste pero provechosa escuela de las equivocaciones. Actualmente se sienta en el trono de San Fernando un monarca tan jóven de alma como de cuerpo, tan entusiasta, tan discreto, tan aficionado á todo lo que es arte (hoy los leales, los independientes, podemos meternos á aduladores sin menoscabo ni bajeza), que los que de veras se interesan por el esplendor de su reinado, no pueden mirar con desden el desmoronamiento del teatro, ni el de todo lo que el teatro arrastrará en su caida. El señor Conde de Toreno, que tiene un glorioso nombre que sostener, y para ello, sobre inmejorables intenciones, talento é ilustracion nada vulgares, debe inspirarse en el ejemplo de otro egregio Conde, del Conde de San Luis, que eternamente llorarán las letras españolas con respetuosas lágrimas de gratitud, y pensar que el que protege lo grande se protege á sí mismo; que el que ampara lo grande, á sí mismo se ampara contra la única muerte verdadera y temible: el olvido de los hombres. Mecenas, el conde de Lemós, el

mismo desdichado Príncipe de la Paz, favorecedor de Moratin, no han tenido ni tendrán motivos para arrepentirse de haberse aliado con lo inmortal; que aquello que á lo imperecedero se une, nunca perece. ¿Parece esto un memorial al ministro de Fomento? Pues no sólo lo parece, sino que lo es: en pedir por otro, no hay deshonra sino todo lo contrario. Pidiendo nos honramos nosotros; y con esperar en él, honramos al que tiene la fortuna de poder ser espléndido.

Una vez decidido el Gobierno, aquella oficialidad de que atrás hablábamos debe *sublevarse al mando de sus jefes* y conquistar la libertad que es su vida y su gloria; porque ya va siendo hora de que los hombres de talento dejen de convertirse en tontos en cuanto con sus intereses se relaciona. Mucho sentimos limitarnos á indicar males y no remedios. Observamos á un enfermo de peligro, y apuntamos el diagnóstico pidiendo á toda prisa junta de médicos, por lo mismo que juzgamos muy grave el estado del paciente y vemos el mal con más claridad que las medicinas que han de combatirlo y extirparlo. Cuantos manejando bien ó mal una pluma (el mal ejemplo ya está dado) tengan una idea que ofrecer al mejor éxito de este pensamiento, las sólidas y verdaderas ilustraciones de la prensa, Escosura, Valera, Cañete, Rosell, Balart, Fernández Florez, Cadena, Sanchez Perez, etc., etc., deben contribuir á evitar que, una vez más, los proyectos útiles y convenientes para muchos dejen de realizarse por la indiferencia de los mismos interesados en su realizacion.

ALBERTO SANABRIA Y PUIG.

LA RELIGION DEL PORVENIR.

VII. *

IRRELIGION DEL PROTESTANTISMO LIBERAL.

El hombre que lleva en sí algunos conceptos *metafísicos* que afectan su sensibilidad de un modo positivo, *tiene religion*. Que se sienta afectado en un grado más ó ménos débil, que sufra estas impresiones de una manera puramente ocasional y fortuita, ó bien las busque expresamente y se abandone á ellas de un modo estable, todo esto depende de su disposicion natural religiosa y de la cultura que haya recibido. Pero es rarísimo que un hombre no tenga por lo ménos el gérmen de esta disposicion religiosa, aún cuando en ciertas personas los sentimientos despertados por ciertas concepciones metafísicas permanezcan en el estado puramente instintivo é inconsciente, mientras que estas mismas concepciones ejercen en otros individuos una accion vigorosa sobre el sentimiento.

* Véanse los números 150, 151, 152 y 154, págs. 1, 39, 79 y 135.

Ahora bien; la metafísica pertenece á la ciencia. Mas no es dado á todos llegar á la ciencia, y mucho ménos aún al estudio científico de la metafísica. Y no obstante, como Schopenhauer ha demostrado admirablemente, todo hombre tiene una metafísica, todo sér humano necesita conceptos metafísicos para satisfacer su necesidad religiosa. De ahí la necesidad de un conjunto de conceptos metafísicos que sea posible comunicar y transmitir por otra vía que la de la ciencia y propios para satisfacer en aquellos que son extraños á la ciencia, directamente la necesidad metafísica é indirectamente la necesidad religiosa. Esta metafísica, que pudiera llamarse la metafísica popular, es la religion; la religion, sin embargo, encierra dentro de sí algo más que las concepciones metafísicas del pueblo, á saber: en primer lugar, medios y direcciones para despertar de un modo tan persistente y durable como sea posible el sentimiento religioso partiendo de esta metafísica, es decir, el *culto*; en segundo lugar, las consecuencias de la misma metafísica para la conducta práctica del hombre, es decir, la *moral* religiosa. El culto pertenece solamente á la religion; en cuanto á la moral, constituye un dominio que la religion comparte, no tan sólo con la ciencia propiamente dicha (como acontece con la metafísica), sino tambien con la costumbre, cuya génesis y desenvolvimiento son inconscientes. En la costumbre, la moral se presenta como algo empírico, inconsciente, que ostensiblemente no descansa sobrenada. Sólo en la ciencia en tanto que enlaza la moral con los principios metafísicos, y en la religion que desempeña las mismas funciones, encuentran los preceptos morales una justificacion, y esta justificacion opone una barrera, al ménos teóricamente, á los ataques de la anarquía individual.

Así, pues, la religion abraza toda la filosofía del pueblo, puesto que las otras escuelas filosóficas le dejan por completo indiferente; comprende, en fin, todo el idealismo del pueblo, no siéndole el arte accesible sino bajo una forma demasiado grosera para elevarlo al idealismo artístico. Todo ideal (ó con más exactitud, todos los ideales de una naturaleza ideal, excepcion hecha del ideal materialista de un país de Cocaña, al decir de la democracia socialista), todo ideal y toda tendencia del corazon al ideal se encarnan para el pueblo en la religion; ella sola es la que le advierte constantemente que existe algo más elevado que comer, beber y reproducirse, que este mundo efímero de los sentidos no tiene su fin en sí mismo, sino que es la manifestacion de un principio eterno, supra-sensible, ideal del cual no vemos aquí más que la sombra confusa. Mantener despierto este sentimiento en el alma del pueblo sencillo, aunque no sea más que bajo el estado de oscuro presentimiento, es la tarea comun de todas

las religiones, desde que han conseguido elevarse sobre los rudimentos completamente primitivos de una grosera religion de la naturaleza.

El conjunto de las concepciones metafísicas debe ser siempre en el hombre religioso la fuente viva de donde provengan la excitacion del sentimiento en el culto y la accion sobre la voluntad en la moral. Cuando esta fuente se agota, el culto se petrifica en ceremonia muerta y sin valor, y la moral religiosa queda convertida en preceptos abstractos ó en una insípida fraseología sentimental: ¡medio seguro de no hacer ninguna impresion en el alma! Por otra parte, la metafísica pierde su carácter religioso cuando cesa de ser un motivo inmediato de accion para el sentimiento ó para la voluntad y ya no es más que esencia y teoría; esencia real en los filósofos, falsa en los teólogos que se limitan á interpretar y á reducir á sistemas los dogmas tradicionales. El pueblo no ha podido poner en claro las nociones y los elementos reunidos en la religion, pero su instinto le dice que lo que busca en la religion es la unidad de estas nociones y de estos elementos. El pueblo no conoce la palabra metafísica, pero sabe que lo que él pide á la religion es que le dé *la verdad*: no todas las verdades, tales como se hallan esparcidas en las diversas creencias especiales, sino la verdad tal como la persigue la ciencia universal, la filosofía, la verdad una y eterna capaz de satisfacer su inconsciente necesidad metafísica (1). No que ella pueda ser comunicada jamás al pueblo en toda su extension y en toda su profundidad, aún suponiendo que la ciencia la hubiere realmente encontrado y formulado; no, lo supra-sensible no puede hacerse tan fácilmente comprensible para la inteligencia humana; la esencia de la verdad es misterio, y permanecerá misterio; su expresion no cesará de ser simbólica, ya consista este símbolo en nociones abstractas ó en imágenes y figuras.

Sin la profundidad colmada de promesas y la riqueza infinita de un misterio que muestra á cada individuo un aspecto diferente, no hay religion posible; en otros términos, una metafísica sin misterio no ejercería ninguna accion sobre el sentimiento religioso. Existe misterio en la religion como en la obra de arte; la obra de arte no empieza á merecer tal nombre sino cuando la imagen exterior es el símbolo de un misterio que abre un mundo infinito á la persona que lo medita y á los presentimientos del corazon; un mundo en el cual cada alma encuentra el sentimiento que la conviene, sin poder acusar de error á los demas. Mas por otra parte el misterio no obtiene el sitio que le corresponde sino en el caso de que lo supra-sensible penetre en lo sensible, lo eterno en el tiempo, como se verifica en la meta-

física, en la religion ó en el arte. No debe hablarse de misterio en las cuestiones en que no se trata más que de relaciones temporales y naturales de los fenómenos entre sí, sin remontarse al origen metafísico de la existencia física; esto es lo que pasa en los resultados de las ciencias especiales, en la accion recíproca que ejercen y sufren los seres naturales en su lucha por la existencia y en la vida práctica. Introducir el misterio donde no es necesario (por ejemplo, en la monarquía, como pretende David Strauss), es mistificarse á sí mismo y mistificar á los demas; negar el misterio en las cosas de las cuales constituye la esencia (v. gr., en la religion, como quiere Strauss), es elevar el conocimiento adquirido por una observacion vulgar y superficial á la dignidad de soberano del mundo reducido á su desnudez física, en vez del ideal cuya misteriosa esencia se destruye. El pueblo, en suma, no se convence de que el misterio que se le presenta como la verdad sea contrario á la razon; mas la moderna cultura, que descansa sobre la autoridad de la razon, ya no consiente aceptar como verdad un misterio contrario á la razon. Nosotros no soportamos el misterio más que bajo la forma de una hipótesis, que, traspasando el dominio de las cosas sensibles, deja por esto necesariamente un resto incomprendible para nuestro entendimiento, que tiene su base en el dominio de lo sensible; pero este resto no debe contradecirse á sí mismo, porque entonces sería contrario á la razon.

El cristianismo ofrece al pueblo «la verdad,» es decir, la metafísica de la Edad media, fusion maravillosa de la filosofía judía y de la filosofía griega, sistema admirablemente completo, que tiene para todas las objeciones respuestas lógicamente encajenadas y que no puede ser objeto de desden mas que para aquellos que á su vez no han traspasado el punto de vista de la hostilidad para llegar á la objetividad histórica. Si en sus buenos tiempos la verdad de esta metafísica estuvo preservada de los ataques de la duda, esto procede de que no tenía competencia, de que la teología era la única ciencia de la época. Al declinar la Edad media, alzóse de nuevo una ciencia libre, que se apoyaba sólo sobre la razon ó la experiencia, sin tener en cuenta la revelacion: las contradicciones entre esta verdad laica y la verdad cristiana fueron salvadas merced á la extraña doctrina de los dos órdenes de verdades. En la Reforma comienzan los ensayos de conciliacion entre estos dos órdenes, ensayos cada vez más efimeros y que se suceden rápidamente. El protestantismo, con la falta de lógica que lo caracteriza, exige que se crea en la posibilidad de un acuerdo entre la revelacion y la razon, entre la fe y la ciencia: sólo cuando el protestantismo ha terminado su carrera, ha roto con la revelacion y ha cesado de

(1) Véase Henri Lang, «Religiöse Reden» (Discurso religioso), pág. 149-151 y 254 y siguientes.

poseer una teología en el sentido propio de la palabra, sólo entonces desaparecen estos castillos de la hada Morgana, sólo entonces la verdad del cristianismo, tenida en otro tiempo por divina, cede su sitio á la verdad laica de la ciencia.

El protestantismo liberal contemporáneo ha llegado muy cerca de este límite, y es una inconsecuencia de su parte el no dar el último paso. Ya no cree en otra revelación que la que se produce cada vez que aparece un genio iniciador y creador, y para él la verdad no debería ser otra cosa que el resultado actual de la historia de su desenvolvimiento en todos los espíritus que á ella colaboran. Ahora bien: en esta serie, Jesús y sus discípulos no podrían ocupar más que un lugar muy modesto, puesto que se rechaza su punto de vista en lo que tiene de esencial. En otros términos: el protestantismo liberal no debía buscar ya la verdad más que en la historia de la Filosofía, y no debiera tomar en consideración la historia de la Teología sino en tanto en cuanto pudiera hallarse en ella alguna verdad filosófica, esto es, teniendo su fundamento en sí misma, no una verdad que descansa sobre una pretendida revelación. Pero no es así como las cosas suceden: se persiste en hacer teología manteniendo la forma exterior de la antigua, que no podría sobrevivir, como es natural, á la idea misma de revelación; se retiene haciéndola violencia una terminología que debe su origen á una concepción del mundo completamente distinta, y á la que se impone una significación del todo heterogénea por medio de las interpretaciones y de los supuestos más arbitrarios. Tales operaciones, en verdad, son aún más vanas y repugnantes que la actividad inquieta y estéril de la teología ortodoxa, ocupada sin descanso en su trabajo de Danaides. En circunstancias como estas no debemos sorprendernos si la ortodoxia, al combatir tales interpretaciones que transforman y que alteran las nociones teológicas tradicionales, supone que su adversario le es inferior en buena fe. Si la imponente arquitectura gótica de la teología de la Edad media ya no nos acomoda, nadie nos impide levantar otra; pero no se nos pretenda persuadir de que la verdadera significación de las antiguas catedrales, encontrada al fin hoy por la primera vez, consiste en no ser más que castillos de naipes.

Así, el protestantismo liberal ya no tiene más que un *simulacro* de teología, al cual no quiere renunciar por no romper con la cadena histórica; mas este simulacro de teología que deja en pie le impide á su vez tomar la verdad científica como nueva y única base. Se sienta sobre la silla cuyos pies ha aserrado, y se mantiene cogido para no caerse á la silla vecina que permanece sana. ¿Esperará el pueblo encontrar en tal sistema «la verdad» que busca en la religión?

El elemento fundamental de una religión, lo hemos reconocido más arriba, es su *metafísica*. Si quisiéramos preguntar al protestantismo liberal cuál es, pues, su metafísica, le pondríamos en un gran aprieto. Sus representantes, y esto hace honor á su prudencia, envuelven en el misterio este asunto y evitan con visible temor toda ocasión de explicarse sobre él, y esto por dos motivos: el primero, es porque saben muy bien que cada uno de ellos tiene una metafísica distinta, cosa de la que el pueblo no debe apercibirse; lo segundo, es porque todos tienen más ó menos el sentimiento vago de hallarse atados por su metafísica. En efecto, les es absolutamente imposible desprenderse del teísmo mientras quieran conservar la continuidad histórica que los liga al cristianismo, y no pueden menos de aceptar el antropopatismo del padre celeste que ama personalmente á sus hijos y que escucha sus oraciones, por lo cual se ven precisados á aceptar también las consecuencias del teísmo, que son desde luego la heteronomía de la moral, de la cual hemos hablado anteriormente; después, la necesidad de una teodicea, es decir, de una justificación del Dios personal omnisciente por los graves defectos de la creación, cuyo autor consciente y previsor es, con este fin un optimismo que atenúa los males y promete para el porvenir montañas de oro, y para terminar el libre arbitrio de la criatura sirviendo de emisario para el mal. ¿Qué diremos de esto? Que los protestantes liberales afectan ignorar los trabajos de los grandes filósofos desde Kant, ó que por lo menos no toman de ellos más que las tesis accesorias que les conviene, y en cuanto á lo esencial no traspasan el teísmo vulgar «del último siglo.» La sola diferencia consiste en que amalgaman el seco racionalismo de esta época con el sentimentalismo del último teólogo á quien fué todavía permitido históricamente creer en la posibilidad de una reconciliación entre la fe y la ciencia. Compuesta la amalgama, la hacen pasar por medio de un ruidoso farrago de frases cuyos ingredientes están sacados hábilmente de todos los cajones de la «civilización moderna.» Mas hoy el deísmo anterior á Kant, con su símbolo *Dios, libertad, inmortalidad*, no logrará que la filosofía lo acepte de mejor modo que las vaguedades sistemáticas de Schleiermacher. Porque en tanto que su teísmo sea serio, el protestantismo liberal se halla fuera de la línea del desenvolvimiento filosófico de los últimos cien años, y su celo por la verdad y por el progreso espiritual no se despliega en el fondo más que en un sentido negativo, allí donde se trata de destruir el dogma positivo y de allanar las barreras de la antigua autoridad (1).

Pero hay otra cosa peor. El protestantismo libe-

(1) Véase Lang, obra citada., pág. 290 y sig.

ral percibe claramente este hecho, y ya no cree bien en su metafísica. No la conserva sino á falta de otra mejor y para mantener su punto de enlace con el cristianismo. Nos enseña, es verdad, la inmortalidad del individuo y su progreso indefinido; mas supone que ya no abrigaremos inquietud sobre esta dudosa existencia futura. Nos enseña la libertad moral, la providencia paternal de Dios; pero al mismo tiempo admite como cosa muy natural que nosotros creamos con la ciencia moderna en las leyes invariables y necesarias que gobiernan el mundo. ¿Cómo no hemos de hallarnos tentados á pensar que la metafísica teísta no es más que una falsa fachada que oculta realmente un edificio de muy distinta arquitectura; queremos decir el naturalismo moderno con su fe supersticiosa en la sustancialidad de la materia? De nada sirve el defenderse y rebelarse contra un hecho: la antigua concepción teísta del mundo ha llegado á ser incompatible con la conciencia moderna, que ya no puede elegir más que entre el naturalismo materialista de Strauss y el *monismo* ó panteísmo espiritualista. El que desee el primero, puede dirigirse á los profesores que marchan al frente del materialismo; el segundo, como falta una religión panteísta en el Occidente, no se encuentra más que en los verdaderos filósofos. El *deísmo* y el *materialismo* guardan una notable afinidad, que procede sin duda de su común vulgaridad y de su común antipatía hácia todo lo que es profundo é incomprensible. Ambos son racionalistas en el mal sentido de la palabra, porque niegan, ántes de toda investigación, todo resultado irracional, y encuentran todos los problemas tan sencillos y tan llanos como su propio entendimiento. Durante siglos han sostenido amigables relaciones en Francia y en Inglaterra, porque el mundo del materialismo es una máquina puramente material que Dios, añade el teísmo, ha construido y puesto en movimiento en un cierto día. Pero esta paz aparente termina siempre por la resolución que toma el materialismo de despachar al mecánico, que le parece supérfluo desde que advierte que las ruedas han girado durante tanto tiempo y tan perfectamente que la máquina ha concluido por marchar sola. Por ventura, ¿no tienen los protestantes liberales el sentimiento de que su Dios está amenazado de una próxima destitución? El exceso de su cólera contra Strauss, ¿no procederá tal vez de que les haya puesto tan verdaderamente bajo los ojos esta desagradable perspectiva?

Sea de esto lo que quiera, la pérdida parece poco considerable, porque lo que importa esencialmente al sentimiento religioso, el misterio, ha desaparecido, lo mismo del deísmo que del materialismo. Aquí como allí todo está tan bien esclarecido y explicado que ya no queda un solo punto oscuro á

donde el sentimiento religioso pueda acogerse. Es posible que la filosofía alemana esté equivocada y que el simple deísta y materialista tenga razón; mas entónces fuerza es renunciar á la pretensión de fundar los medios de despertar y de satisfacer el sentimiento religioso sobre una verdad de esta especie que permanezca extraña á la metafísica ó que no tenga más que una metafísica nueva. Cuando Strauss exige que experimentemos un sentimiento de piedad religiosa y de amor por un universo que no es más que el agregado de todas las sustancias materiales particulares y que amenaza á cada instante triturarnos, sin sombra de razón, entre las ruedas y los dientes de su cruel mecanismo, no podemos ménos de encontrar la exigencia un poco fuerte, ó, por mejor decir, muy sencilla. Este es un punto en que el ex-teólogo juega una mala pasada al pensador moderno. Pero más temerario aún que esta aserción es el ensayo de demostrarla con el auxilio de una experiencia aislada, es decir, haciendo constar la reacción de un sentimiento contra el pesimismo de Schopenhauer. Lo que resiste en Strauss en este caso es precisamente el sentimiento de satisfacción y de cómoda felicidad que en este mundo experimenta, esto es, el sentimiento mundano, irreligioso (1), en oposición al punto de vista anti-mundano y verdaderamente religioso de Schopenhauer.

En los *sacramentos* cristianos el misterio era presentado al pueblo y puesto á su alcance bajo una forma, por decirlo así, palpable; ¿tiene el protestantismo liberal algo que ofrecer como equivalente religioso de estos misterios que ya no pueden aceptarse porque son contrarios á la razón? ¿Será tal vez la oración dirigida á un Dios cuya intervención sobrenatural en la marcha de mi pensamiento y en las determinaciones de mi voluntad es para mí tan inadmisibles como la misma intervención en los fenómenos de la naturaleza exterior, de suerte que suplicarle pidiéndole fuerza en las luchas morales ó consuelo en las penas del corazón, no sería más razonable que pedirle buen tiempo para la cosecha ó que conjure una epidemia?

— Mas una vez que no se ve en la súplica otra cosa

(1) El que no se haya dado cuenta todavía del grado de pobreza superficial y trivialidad á donde llega la doctrina de Strauss, puede consultar el escrito frecuentemente citado de Overbeck (pág. 71-78); pero sobre todo la deliciosa burla que hace Bruno Bauer en el escrito titulado *Philo Strauss und Renan und das Urchristentthum* (Philon, Strauss y Renan y el Cristianismo primitivo, Berlin, Hempel, 1874), páginas 36 y siguientes. El primer cuaderno de *Unzeitgemessen Betrachtungen* (Consideraciones in-tempestivas), de Nietzsche, encierra también excelentes observaciones, pero en general va más allá de su objeto y deja también que desear bajo el punto de vista de la forma.

que una ilusión de la cual tenemos conciencia, pero que es conveniente, sin embargo, practicar por los felices efectos psicológicos que produce, se la rebaja al nivel del juramento enérgico con el cual un mozo de cuerda se anima para cargar un fardo que pone en tensión toda su fuerza muscular.

La *ética* del protestantismo liberal no vale más que su metafísica. Como hemos hecho notar, el teísmo no puede, si es consecuente consigo mismo, engendrar más que una moral heterónoma; pero esta no puede convenir á la conciencia moderna, y el protestantismo liberal guarda demasiado respeto á la cultura actual para proponer torpemente en nuestra época una moral heterónoma basada sobre la voluntad divina. Por lo tanto, como su teísmo se avergüenza de sí mismo, cubriendo su desnudez metafísica con el manto del amor cristiano, el medio más sencillo de evitar esta enfadosa heteronomía, es declarar la moral independiente y separarla de la metafísica, á la cual se relega al último lugar. Se puede invocar aquí el ejemplo de Herbart y de Kant (aunque la *Razon práctica* de este último no tenga por entero un carácter puramente psicológico, sino más bien metafísico por el hecho de universalidad), se pueden entonar declamaciones sentimentales sobre un «amor sin fin,» y por la adoración de la idea de humanidad elevarse á la altura de la civilización contemporánea. Con tal moral no se está expuesto al reproche de heteronomía, y hay bastante provisión de asuntos para los sermones.

Mas si es fácil predicar la moral, es difícil encontrar un fundamento para ella (1). «¿Qué fundamento van á tener los sermones de moral? Evidentemente el predicador se verá reducido á apelar á los pensamientos y á los instintos morales del hombre. Si son bastante fuertes, la llamada será fructuosa, y en tal caso supérflua; si no lo son, el sermón de moral será objeto de burla y de irrisión, y el predicador se verá imposibilitado de demostrar á sus risueños oyentes que están en un error. En efecto, estos apelan lo mismo que él á los instintos y á las aspiraciones del corazón humano, y para determinar cuáles son los que debemos preferir, si es el amor ó el odio, el perdón ó la venganza, la abnegación ó el egoísmo los que deben dirigir nuestras acciones, el predicador no tiene otro medio á su disposición que apelar al sentimiento ó al gusto, los cuales difieren en todos los individuos.» Una vez desligada de la metafísica la ética, permanece como suspendida entre el cielo y la tierra; podrá todavía establecer reglas, pero se ve reducida á la impotencia si el individuo no encuentra estas reglas á su gusto. Sin metafísica, la ética es, á todo más la

historia natural de los intereses y de las aspiraciones humanas, considerada en sus consecuencias para la sociedad; en cuanto á la pretensión de ser la norma de las acciones humanas, podrá aún tenerla, pero no puede justificarse si el egoísmo rebelde á toda regla le exige sus títulos de legitimidad (1). En tanto que es ética en el verdadero sentido de la palabra, esto es, en tanto que es ciencia destinada á la reforma de la realidad, la ética no puede existir sino fundada sobre una metafísica *monista*. En efecto, esta metafísica reduce la voluntad individual que en su aparente sustancialidad se figura ser absoluta al estado de simple fenómeno, y la despoja así de la soberanía que se arrogaba. Por el contrario, el teísmo la confirma en la ilusión de la sustancialidad, y provoca seriamente otra vez la rebelión de Prometeo contra el Sér que lo ha creado sin su permiso.

Que la ética del protestantismo liberal no tenga carácter científico, no sería, después de todo, cosa tan grave, teniendo presente que si no favorece la moralidad, por lo menos no la contraría directamente, como acontece con la pseudo-moral heterónoma del verdadero teísmo cristiano, que por otra parte tampoco es científico. Mas lo que aquí nos importa ver es que ya no puede llamarse ética *religiosa* como lo era la ética heterónoma del cristianismo. Una ética, en efecto, no puede decirse religiosa sino cuando es algo más que una simple explicación del juego psicológico de los instintos, apoyándose sobre las bases metafísicas de la religión y sacando de allí su fuerza. No hemos roto con la ley de Moisés y con los mandamientos de la Iglesia infalible para dejarnos dictar por algun predicador liberal las leyes de la moral, cuyas leyes, por otra parte, seguirían siendo para nosotros heterónomas. El sacerdote ortodoxo puede darse aires de oráculo, mas el liberal debe renunciar á ellos; en la ética como en la metafísica, debe hallarse dispuesto á demostrar el valor intrínseco de sus prescripciones, allí donde

(1) «Moral predigen ist leicht, Moral begründen ist schwer.» (*Schopenhauer*.)

(1) Véase Max Stirner: «Der Einzige und sein Eigenthum.» (El individuo y su propiedad, Leipzig, Wigand, 1845), especialmente el capítulo «Der humane Liberalismus.» (El liberalismo humanitario) pág. 145 y sig. y pág. 478 y sig. Esta obra, más rica en ideas que las obras completas de este célebre filósofo, es, por la locura carnavalesca de sus resultados perfectamente lógicos, la prueba indirecta más brillante de la imposibilidad de fundar la ética sobre la base del individualismo y de la necesidad de buscar esta base en el monismo. Se ha fraguado contra este libro la conspiración del silencio hasta en los círculos más liberales, y todos se han cubierto el rostro con afectada indignación; pero el secreto terror que se echa de ver en este modo de obrar, prueba tan sólo que no se ha sabido encontrar el punto vulnerable del incómodo adversario, ó que se ha retrocedido ante la necesidad de ceñir las solas armas con las cuales se puede herir al egoísmo en el corazón, el monismo y el pesimismo.

el ortodoxo apela al mandamiento de Dios. Cuando el predicador liberal se ve obligado á bajar de la posicion autoritaria que rehusa y rechaza en teoría, pero que en la práctica se alegraría de compartir con su ortodoxo colega, acostumbra recurrir al *amor* como principio moral. Pero si es preciso llegar á la conclusion de que la moralidad es idéntica al amor y á la bondad del corazon, los predicadores deben cesar en su tarea de predicar la moral, por que jamás lograrán en sus sermones crear el amor en aquel que no ama. Si á fuerza de psicología no se quiere ver en la religion más que moral, y á fuerza de dulzura no ver en la moral más que amor; si, en una palabra, se reduce toda la religion al amor, se renuncia á todo lo que presta al amor su carácter religioso; en otros términos, se confiesa que es preciso elevar á la dignidad de religion el instinto del amor, porque se ha perdido el sentido de lo que es propiamente la religion. Sin duda la religion no es un tiburón como creían los inquisidores, pero tampoco es una medusa; el tiburón aparece por lo ménos temible, la medusa es siempre insípida y repugnante.

Al hacer esta observacion, no queremos de ningún modo negar el valor inmenso del amor, sino tan sólo recordar que no debe tomarse la parte, aunque sea la más noble, por el todo. El amor no es más que una de las numerosas formas en las que la moralidad se produce como sentimiento; el sentimiento, á su vez, no es otra cosa que una de las formas bajo las cuales el elemento moral se produce en el alma, y la verdadera base de la moralidad no reside en ninguno de estos factores psicológicos. El amor puede ser natural, hasta puede ser moral, sin tener de ningún modo el carácter religioso. Conceder al amor este carácter, es negar la esencia de la religion; atribuir la calificacion de religiosas á todas las relaciones mundanas penetradas de amor, es apartar la vista de lo que sólo es verdaderamente religioso.

No es maravilla que un sistema que tiene muchas razones para ocultar su metafísica, cuyo estudio es un tejido de contradicciones, y cuya moral, separada de la metafísica y de la religion, queda suspendida en el aire sin saber dónde asentarse; no es maravilla que tal sistema no pueda satisfacer la necesidad religiosa. El protestantismo liberal es un fenómeno histórico que ha llegado á ser necesariamente irreligioso, porque ha tomado por medida los intereses de la civilizacion moderna, y ha tratado de rehacer el cristianismo sobre este patron, cuando esta civilizacion moderna que se pretende hacer la norma del cristianismo, tiene por sí un carácter irreligioso, puesto que debe su origen á la lucha del principio mundano con la religion.

La religion nace en todas partes de la *sorpres*

que se produce en el espíritu humano ante el mal y ante el pecado, y del deseo que experimenta de explicar su existencia, y si es posible, de destruirlos. El que no se siente herido por algun mal, cargado con alguna falta, seguro es que no soñará en elevar sus pensamientos por encima de los intereses de este mundo. Mas el que se pregunta: «¿por qué debo yo soportar estos males?» y «¿cómo podré reconciliar consigo misma á mi conciencia cargada de pecados?» se halla en el camino de la religion, es decir, está en vías de ocuparse de cuestiones y de intereses que no son los de este mundo. Que uno acentúe con más fuerza el mal del dolor, otro el del pecado, siempre es el descontento de las cosas de este mundo el que conduce á la religion, descontento de los males que es preciso referir al descontento de su propia naturaleza que conduce al pecado. Si las sensaciones dolorosas causadas por el sufrimiento y por el pecado no son bastante fuertes para contrapesar las sensaciones agradables de la vida humana, las aspiraciones religiosas no serán más que arrobos fugitivos, accesos pasajeros sin influencia duradera sobre las disposiciones del alma. Sólo cuando la duda dolorosa causada por el mal, ó las inquietudes de la conciencia, pesan en la balanza más que las alegrías de la vida, y llegan á ser la disposicion habitual del alma, esto es, cuando se ha llegado al punto de vista *pesimista*, sólo entónces puede la religion asentarse en el corazon de un modo fijo y estable. Allí donde no existe la disposicion pesimista, la religion no puede crecer, á lo ménos espontáneamente; el respeto inculcado por la educacion hácia las formas exteriores de la religion, es lo que hace únicamente contraer la apariencia de religiosidad.

El cristianismo, como toda religion digna de este nombre, debió su origen á una concepcion pesimista del mundo, y la religiosidad cristiana ha mantenido sus raíces en el pesimismo hasta el Renacimiento. En esta época comenzó el conflicto entre el amor pagano de la vida y el menosprecio, el alejamiento del mundo, que caracterizan al cristianismo; despues la decadencia de la fe en una felicidad de ultra-tumba hizo que se buscara con mayor avidez los bienes terrestres que habia hecho desdeñar hasta entónces la esperanza de la felicidad celeste. El racionalismo se apresuró á justificar teóricamente el optimismo que el renacimiento pagano favorecía prácticamente, y el protestantismo liberal, de acuerdo con la cultura moderna, vive y se mueve en esta glorificacion pagana de la vida y en este agradable optimismo, es decir, en la teoría más desfavorable posible para la religiosidad. El protestantismo liberal vive de compromiso, y su talento consiste en proporcionarse alguna mision: no hay cuidado que deje este talento sin empleo

cuando se encuentra enfrente de los males y del pecado de este mundo, que nada tienen de terrible después de todo, cuando sabemos comportarnos, según su modo de pensar, con aquel buen humor y fácil contentamiento de un pastor protestante. Y, cosa notable sobre este punto, ortodoxos y liberales se parecen como dos gotas de agua. A la verdad, los reformadores habían mirado con rostro sombrío este miserable mundo que sin género de duda se había entregado al diablo; pero en secreto, no obstante, le habían concedido el dedo pequeño, y sabido es que en semejantes casos, el diablo se apodera bien pronto de toda la mano. En teoría los discípulos ortodoxos de Lutero hablan todavía secretamente de este mundo profundamente malo, corrompido, gimiendo bajo el peso de la maldición de Dios; mas en la práctica se encuentran perfectamente á gusto en este detestable mundo que por premio de sus injurias les brinda con una posición donde tienen mujer, casa y vaca en el establo, lo mismo que los liberales que alaban este mundo como el mejor de los posibles. Esto tal vez sea muy sensato, muy natural, muy idílico, todo lo que se quiera en fin, menos cristiano y religioso. Si se quiere una prueba aún más segura del grado hasta donde se lleva este espíritu satisfecho y mundano, es decir, irreligioso, del protestantismo, basta escuchar los gritos de cólera que estos protestantes liberales lanzan contra los que osan perturbarlos en medio de su vida pagana, de sus descansos, de su admiración por este glorioso mundo, contra los que tratan de abrir nuevamente á la humanidad moderna y mostrarla la nada de todo lo que este mundo encierra, la profundidad y la universalidad de las miserias, la naturaleza ilusoria de la mayor parte de las alegrías de este mundo y de aquellas que con más ardor se desean. ¡Apedread al infame, gritan, que osa llevar su mano sacrílega á nuestro santuario, á la felicidad terrestre! Porque si tales doctrinas se generalizasen, ¿quién sabe? tal vez los hombres concluirían por ser religiosos, y ¿qué sería entonces del protestantismo liberal y de su dulce bienestar! (1)

Para resumir; el protestantismo liberal consiste en una metafísica indecisa, insuficiente y vulgar, que evita en cuanto le es posible las miradas de la crítica, en un culto libre felizmente de todo misterio, pero de ningún modo exento de contradicción, y en una moral separada de la metafísica y por lo mismo irreligiosa; al mismo tiempo descansa sobre

(1) Sobre el valor de la idea pesimista, bajo el punto de vista de la moralidad del arte y de la religión, y sobre el poco fundamento de las preocupaciones esparcidas generalmente contra ella. Véase A. Taubert. «*Der Pesimismus und seine Gegner.*» (El pesimismo y sus adversarios.) Berlín, Carl. Duncker, 1873.

una concepción del mundo que por su carácter optimista no puede suscitar ninguna religión, y debe tarde ó temprano dejar perecer de inanición en el seno de la alegría y del bienestar los restos de religiosidad que ha conservado. Este resultado de nuestro estudio bastará para justificar el reproche de irreligiosidad que dirigimos al protestantismo liberal, no en el sentido de que hoy sean ya sus partidarios hombres irreligiosos, sino en el de que el principio mismo en que se funda es irreligioso, y que si llegase á influir de un modo estable sobre la humanidad, no dejaría subsistir de la religiosidad más que algunos mezquinos restos, dignos apenas de este nombre.

(Continuará.)

EDUARDO HARTMANN.

GLORIA,

NOVELA DEL SEÑOR PÉREZ GALDÓS.

(PRIMERA PARTE)



Un distinguido crítico francés lamentaba, no há mucho, la decadencia que sufre la novela en la literatura de su patria; á las sublimidades del genio, ha sucedido el mediocre *savoir faire*; á las grandezas á veces desmesuradas de la inspiración, han reemplazado los primorosos detalles de la habilidad; se han ido los genios de la novela francesa, han quedado algunos talentos; ya no se dice Balzac, Sué, Dumas, Hugo; se dice Feuillet, Droz, Theuriet, Cherbouliéz. Si antes se trataban en este campo de la literatura todos los problemas más altos, con excesivas pretensiones acaso y soluciones extremadas, pero siempre con miras levantadas y dotes superiores, ahora se prefiere un estrecho y modesto círculo, un horizonte limitadísimo para hacer acabadas labores de filigrana, irreprochables miniaturas. Tal autor se refugia, armado de microscopio, en un rincón de un alma, y de allí saca á la estampa un museo de curiosidades psicológicas; tal otro prefiere la naturaleza, y corre, con sus lienzos preparados, á cualquier pintoresco lugar de próximo ó lejano Departamento, y de allí vuelve con perfectas fotografías; parece que el tono consiste en limitarse; algún malicioso podría pensar que la moda nueva es un pretexto de la incapacidad; véase á Feuillet, pulido, elegante, gran anatómico de espíritus aristocráticos, ¿cómo vacila, cómo tropieza, cómo se derrumba, si de la pura psicología experimental de determinadas razas, quiere ó necesita pasar á otras más anchas y trascendentales esferas! Son preferibles los Droz, los Theuriet con sus novelas *à la Ostade*, llenos de luz... como un gusano de luz, que no

alumbra, que no basta para guiar en la oscuridad, pero que al fin es luz, como una estrellita nacida de una flor en los prados. ¿Acusa esto decadencia en el espíritu de la literatura francesa? Es simplemente una mutación de cauce, prevista por la filosofía hegeliana; lo que va sucediendo en toda la historia también sucede en cada pueblo: primero se piensa con imágenes, después sin ellas; hoy Francia no necesita del arte para interesarse por las cuestiones graves de la civilización.

Renan, por ejemplo, escribe un libro de filosofía, más ó menos sistemática, y su libro puede hacerse tan popular como una novela de Dumas en su tiempo.—En España hoy todavía, y fuera ilusiones, todo filósofo nace krausista, y por ende nebuloso y no muy limpio de conciencia: así lo cree el público grande, que es el gran público; lo cree primero porque sí, y luego porque muchos se lo dicen. ¿Quién compra un libro que no se entiende? Los pocos que pueden entenderlo, tampoco lo compran, porque esos saben hacerlos, y si no los hacen es porque tampoco los venden. El pueblo sabe un poco de filosofía por las discusiones del Congreso; pero allí está mezclada con demasiadas alusiones personales, y siempre se la llama á la cuestión: consecuencia que saca el pueblo: la filosofía es una cosa que estorba para hacer leyes. ¿Y qué queda? El terreno vastísimo de la amena literatura, y dentro de ésta la dilatada zona de la novela; de aquí no puede desterrar á la filosofía ni el Gobierno.—Se le dice al pio lector: el vago misticismo inspirado por imprudentes enseñanzas engendradoras de orgullo y aspiraciones falsas, ¿sabes cómo se llama? Se llama D. Luis de Vargas. ¿Y sabes cuál es el destino de ese ideal nebuloso que se cree abocado á imposibles grandezas? Pues es el casarse con *Pepita Jimenez*.

Cuando la filosofía se llama *Pepita Jimenez*, no se olvida jamás. Es providencial este florecimiento de la novela entre nosotros, auge y resurrección que nadie pone en duda dentro ni fuera de España. Algunos autores, pocos todavía,—pero ya serán muchos,—sintiéndose llenos de fuerzas adecuadas, han emprendido la meritoria empresa de remover y conmover la conciencia nacional, y hablando á la fantasía de nuestro pueblo con poderosas imágenes, llenas de frescura, originalidad y *sabor de patria*, despiertan en él los dormidos gérmenes del pensamiento reflexivo de un sueño de siglos. Porque no hay que olvidar que no toda la filosofía es científica, ni siquiera metódica, ni escolástica siquiera; hay también la filosofía de todos los días y de todas las horas; es el pensamiento moviéndose, aunque no quiera, viendo y juzgando aún á su pesar, que son los de la razón unos ojos que no tienen párpados, y no hay lo de cerrar los ojos si se trata del alma.

España, desde el siglo XVI, no ha dejado de filosofar; lo que hizo fué filosofar de la peor manera posible: tuvo un sistema, á saber: que no se debía pensar. Para este modo de filosofía, que podía llamarse filosofía necesaria, sirven admirablemente las obras literarias, y la novela *tendenciosa* ó filosófica, ó como se quiera, es ahora en nuestro país de gran oportunidad.

La primera filosofía, aún en este aspecto vulgar, es la filosofía de lo absoluto (aunque fuese para negarlo), y así lo han comprendido nuestros buenos novelistas, que por esta razón y otras no menos atendibles y que miran al tiempo actual y á las condiciones de nuestra raza, han tratado el problema religioso bajo uno ú otro aspecto en sus principales producciones. En esta, que llamamos filosofía necesaria, la religión es considerada muy pronto, y principalmente en sus relaciones con subordinadas esferas. De ello están convencidos los restauradores del género literario á que venimos refiriéndonos, y nada ménos que á esa altura han colocado su obra. Alarcón, en su más alabada novela *El Escándalo*, trata el problema religioso en sus relaciones con la conciencia moral; Valera, en *Pepita Jimenez* y en las *Ilusiones del doctor Faustino*, por múltiples respectos, habla de religión con una especie de panteísmo literario; Pérez Galdós, en *Gloria*, la más reciente y la mejor de sus producciones, atiende exclusivamente á la religión. La novela modernísima española ha empezado, pues, por donde debía empezar; no ha podido ser más oportuna: cuando los franceses confiesan que la suya degenera, se empequeñece, notamos con placer purísimo que la nuestra se acrisola, se ennoblece y se levanta... pero no nos ciegue el orgullo; ellos ya han pasado por aquí. Juan Valjean podría ser abuelo de Gloria.

I.

No por establecer comparaciones, más odiosas que en todo en literatura, sino por atender al valor y representación de *Gloria* y su autor en la novela española contemporánea, recordaremos los antecedentes literarios de la obra que debe ocuparnos. Mientras Pérez Galdós escribía sus episodios nacionales, pudo con justicia la crítica española y extranjera elogiar sus talentos, que eran muchos, señalarle como uno de nuestros mejores novelistas; títulos sobrados tenía para ello sin salir de los límites que él mismo parecía haberse trazado; nadie podría negarle aptitud para más altas empresas; acaso meditando mucho en sus episodios se vislumbraban ráfagas de genio superior, profundidades de su pensamiento, que pronto desaparecían á la vista, tal vez porque el escritor juzgaba que *non erat hic locus*; pero tampoco se podía, en rigor, atribuir á tales obras la importancia y trascen-

dencia de otras novelas que, coetáneas, aparecían en nuestra patria, abordando unas resueltamente la cuestión religiosa y moral, y otras, aunque de soslayo, con más profunda intencion, los más arduos problemas de ese orden. Por la utilidad inmediata de los episodios nacionales, por la novedad y oportunidad del intento, por la felicidad del desempeño, ya muchos colocaban á Perez Galdós sobre todos; tal lector, cansado de leer novelas alemanas, inglesas, francesas y norte-americanas, llenas de árdulos problemas morales, psicológicos y hasta teológicos, volvía con placer, y como por descanso y solaz, la fantasía á estas ricas, frescas y salpimentadas narraciones, y hallaba más sabrosa su lectura que todas las filosofías del mundo más ó ménos entreveradas. Mas si esto sucedía á unos pocos, la mayor parte de los lectores, que no saben alemán y, aunque lo sepan, quieren pensar en español, necesitaban una novela también nacional, pero que tratara esas cuestiones cosmopolitas, *católicas*, que son la esencia de la vida. En atención á esto, los episodios no estaban á la altura de otras obras. Alarcon daba *El Escándalo* á la estampa, y el espíritu público, entónces como ahora, muy atento al orden de ideas que esa obra inspira, apoderóse de ella con avidez, y se leyó y se comentó por todos. Fué un acontecimiento en la literatura. Pero dentro del problema religioso moral, ¿qué representaba *El Escándalo*? La solución del pasado, y con fórmula bien concreta y conocida: el jesuitismo. El P. Manrique, un jesuita, es providencia de la obra y convierte y purifica al libre pensador Fabian Conde; un libre pensador que seduce marquesas casadas y engaña á niñas inocentes. Bien conoce el P. Manrique, según lo expresa con sonrisa desdeñosa, las obras de Kant, de Hegel, de Buchner (¡primoroso salto!) y tutti quanti, y por consiguiente no necesita decirle Fabian de dónde saca su irreligiosidad y anejas fechorías. Nada importa todo esto para que la novela de Alarcon sea notable; lo es y de interés sumo. Si el arte podía darse por contento, no así los intereses más caros de nuestra civilización. Los partidarios de la tradición y de la autoridad estaban de enhorabuena; tenían un novelista filosófico, *trascendental*, que resolvía los más apurados casos de conciencia con el criterio de Loyola y simbolizaba el libre pensamiento en un mozalvete aturdido, calavera... aunque de buen corazón; un corazón tan bueno que le llevaba, después de mil tropiezos, al redil santo, abdicando de mil errores que no tenía, porque en realidad Fabian Conde había pensado poco en las cosas de allá arriba. Fácil triunfo. Pero si los jesuitas nos llevaban un compañero, que no merecía en realidad rescate, tomaba la revancha D. Juan Valera, que engalanando con mil afeites y cosméticos

TOMO IX.

del misticismo más deslumbrador á la sin par *Pepita Jimenez*, bien alcoholada con ensueños de la gloria, la presentaba seductora, irresistible á los pasmados ojos de D. Luis de Vargas, inverosímil seminarista, conquista preciosa que con armas y bagajes se pasaba á nuestras filas, abandonando por siempre las aéreas moradas y escalas místicas. Mucho salimos ganando: Fabian Conde era el peor de los libres pensadores, no lo era en rigor; Luis de Vargas era un colegial, de tan bueno, imposible. Mas no todo era ventura: si Valera llevaba indiscutible ventaja á Alarcon en la profundidad de las concepciones, en el alcance de sus miras y hasta en los recursos del arte; si era también cierto que se colocaba enfrente del tradicionalismo, no era, por desgracia ó por fortuna, bien definida su actitud. Valera es así; va con el pensamiento y con las consecuencias de sus creaciones muy lejos, acaso demasiado lejos, pero no quiere manifestarlo en sus palabras; hasta pretende que no nos demos por enterados: si se le dice que *Pepita Jimenez* significa tal cosa, lo niega, asegura que no es más que la historia de una viuda que se llamaba así. Es claro que no lo creemos, ni él lo dice para que se le crea. Pero esa reserva, esos circunloquios, si acaso sirven para hacer más picantes sus obras y sublimar con el misterio el pensamiento del autor, le dañan por otros lados, porque pierde en diafanidad y precisión y se enajena las simpatías de muchos espíritus francos y graves. Ni siquiera nos atrevemos á desear que Valera borre estos lunares en sus escritos; tal vez el encanto inefable que produce el conjunto se debe en mucho á esa manera del autor de *Pepita Jimenez*; no queramos disipar el encanto. Además, es innegable que Valera ha llegado muy adentro en los *subterráneos del alma*, y como él no puede llevar el sol consigo, ¿qué mucho que allí no vea del todo claro?

Pero si nos es lícito, y hasta obligado, celebrar la aparición de otro escritor de no inferiores vuelos, que sabe y quiere sin ambages, perífrasis ni pretericiones colocarse en nuestro campo enfrente del enemigo, peleando por una bandera conocida y desplegada á todos los vientos: este escritor es el inspirado autor de *Gloria*.

II.

De Orbajosa á Ficóbriga media gran distancia; Orbajosa, la ciudad episcopal metida en el corazón de España, representa el fanatismo de nuestro pueblo en todo su horror, sin atenuaciones, acompañado de numerosos satélites que nunca dejan de seguirle: la hipocresía, la fiereza, la tenacidad, la ignorancia pretenciosa y otras muchas malas pasiones; allí vive el fanatismo tal como es, tal como le

han hecho en la historia las causas múltiples de que se origina.

Doña Perfecta es la más real figura, el tipo de nuestra mujer fanática, cuando en su aberración nadie hay que le vaya á la mano.—En Ficóbriga, villa risueña junto al Cantábrico, el negro fantasma ha desaparecido; el fanatismo, si existe, es vergonzante; en vez de aquellos sombríos personajes, como el arcediano, Caballuco, doña Perfecta, se nos presenta una familia ilustrada, de buen tono, de agradable trato, de sentimientos elevados y caritativos sobre toda ponderación. Los Lantiguas son unos cumplidos caballeros. D. Angel Lantigua, obispo allá en Andalucía, es la mayor gloria de Ficóbriga y un verdadero pastor de almas; jamás olvida que lleva el cayado en la mano. El *pasce agnos meos* resuena sin cesar en sus oídos. Su hermano D. Juan es un ilustre sabio, jurisconsulto, orador y una de las mejores plumas puestas al servicio de la causa tradicional. Sus ocupaciones en esta vida, abandonados ya el bufete y el foro, se reducen á escribir una obra monumental y educar en el temor de Dios á Gloria, que no tiene madre, y concentra en su padre y en su tío el obispo todos los afectos humanos de su alma. El autor nos ha pintado *con amore* esta familia. Si en D. Juan se nota alguna fatuidad, semejante falta, casi imposible de evitar en su género de vida, queda borrada por mil cualidades excelentes. El sello común, lo que imprime carácter en esta familia, es la religiosidad; pero, repetimos, nada de fanatismo, á lo ménos en el sentido vulgar y corriente de la palabra. Los demás personajes *de la parte de acá*, es decir, españoles, católicos, son todos secundarios: el cura, don Silvestre Romero, natural de los Picos de Europa, sacerdote por conservar la renta de ciertas capellanías, no es un modelo de párrocos, pero sí un hombre franco, noble y que se atrae universales simpatías; pescador y cazador por vocación, tiene en su poder los medios y artificios suficientes para concluir con toda la fauna de mar y tierra; es también gran cazador de votos, y en odio al parlamentarismo, pone en juego todas sus trampas para dar la victoria á D. Rafael del Horro, candidato á la mano de Gloria y á la diputación á Cortes por Ficóbriga, todo en beneficio de la santa causa de la religión. D. Rafael, de quien no volveremos á hablar, es ya un personaje repugnante, el D. Jacintito de *Doña Perfecta* un poco medrado; pero su papel en la novela es casi insignificante, si bien está trazado de mano maestra. D. Juan Amarillo, Harpagon cristianísimo, beato forrado en amuletos de oro, es un hipócrita repugnante, mero instrumento en la fábula. Se ve claramente que el autor ha querido representar las ideas que van á luchar en su obra por medio de espíritus levantados, dignos de ellas; no por ca-

racteres rebajados, pervertidos, á cuyas malas pasiones pudiera atribuirse la catástrofe que ha de sobrevenir.

El prelude de esta catástrofe es una tempestad; entre relámpagos, traído por un rayo, pudiera decirse, entra en el hogar tranquilo y cristiano de los Lantiguas, Daniel Morton, el pobre náufrago del *Plantagenet*, el Mesías del corazón de Gloria, un *judío*.

Gloria le esperaba hacía mucho tiempo; muchas profecías habían hablado en su corazón del amante que se acercaba; pero aquella niña espiritual, de viva imaginación, de pensamiento sutil y levantado, que por obediencia y sumisión procuraba sofocar en su alma gérmenes infinitos de ideas y sentimientos superiores; aquella niña que abandonaba los libros porque su padre temía en ella el prurito de juzgar, la fiebre del discernimiento; aquella niña, en fin, que cuando Morton se le aparece, es «como un ave que tiene las alas cortadas,» al despertar para el amor, despierta á mil deberes, á sobresaltos y amarguras sin cuento, porque de nuevo le crecen las alas, la voz de la rebelión le grita de nuevo en los oídos: levántate, piensa, sublévate. ¡Pobre Gloria! Ella, tan religiosa, tan católica, apenas empieza á amar, en cuanto tiende el vuelo por las regiones sublimes... cae sin quererlo en la herejía; su tío el obispo nota horrorizado que Gloria se halla en pleno latitudinarismo. Pero ¿por qué? ¿en qué consiste mi error? pregunta con espanto la niña. ¡Ahí es nada! Amar á un hereje (entonces no se sabe todavía que es judío), y lo que es peor, pretender amarlo en Jesús, pensar que todos pueden salvarse profesando con sinceridad una religión, sea la que sea... ¡latitudinarismo! ¡herejía! Aquellas ideas que á Gloria le parecen tan religiosas, tan puras, tan sublimes, están condenadas terminantemente en las Encíclicas *Qui pluribus* y *Singulari quadam*, en las Alocuciones *Ubi primum* y *Maxima quidem*, y, por último, en las Letras apostólicas *Multiplix inter*. ¡Qué horror! A pesar de tantos latines y tantas condenaciones, Gloria no puede desechar aquellas ideas que ha despertado en ella el amor de un hereje; matará el amor mismo, pero las ideas no puede. ¿Cómo si son médula de su pensamiento, si son ella misma? El obispo, que es un santo, transige en todo ménos en esto; no concibe que así se revele la razón de su sobrina, tan dócil hasta aquel día. Lo que hace Gloria por amor á su padre y á su tío, es callar en adelante, fingir una sumisión de su inteligencia que no existe; ellos se dan por satisfechos, creen que aquella docilidad es obra de la gracia. Por un accidente vuelve Daniel Morton, vuelve en otro día de tempestad; ahora el rayo cae sobre la casa de Lantigua; Gloria, que ya ha sido hipócrita por debilidad, sucumbe; al ángel se le rompen las

alas; se ha combatido en ella la herejía, no la pasión que se daba por muerta, y hereje y apasionada, Gloria ve su honra en los brazos del infiel, de un judío. No basta eso; el último estrago de la tempestad es más horrible; el último rayo estalla sobre la frente del padre amoroso: D. Juan de Lantigua sucumbe al dolor de ver á su hija deshonorada por un judío. Guerra de titanes, que diría Víctor Hugo; cada uno de estos grandes personajes lleva lo absoluto en su alma, y el choque tiene que ser pavoroso y la catástrofe inmensa. Aquí ningún hombre tiene la culpa de nada; tienen la responsabilidad las ideas: por eso esta obra nos parece de gran importancia, á pesar de sus modestas apariencias. El Sr. Perez Galdós desarrolla en el escenario de un idilio una tragedia de la fatalidad más espantable, más ciega, una fatalidad que llega á los espíritus. ¿Qué familia católica podrá presentarse más ilustrada, más sinceramente religiosa que esta de Lantigua? D. Angel es un bienaventurado; D. Juan, aunque más humano, está lejos de ser un fanático vulgar, es un hombre de convicciones arraigadas y pulidas con el estudio; Gloria es un alma purísima, de belleza celestial; Morton es un dechado de virtudes y nobles cualidades, tan profundamente religioso como Gloria y los suyos: por eso mismo, porque todos son fieles representantes de sus doctrinas, encarnaciones de su credo, la catástrofe es inevitable, lógica y de grandísima enseñanza. Aquí está el principal mérito del autor, mérito insigne; la realización de su obra nada ha quitado al primordial pensamiento; en el producto artístico se trasparenta la idea con toda diafanidad, sin una sola mancha. A esa armonía del fondo y la forma es á lo que puede aspirar el artista que busca la belleza. La mayor parte de las veces los poetas que personifican un ideal ó individualizan una cuestión de la vida social, religiosa, etc., pretendiendo probar algo, pierden el tiempo y el trabajo, porque el ejemplar escogido es defectuoso. Fabian Conde, el protagonista de *El Escándalo*, no es la personificación digna y exacta del hombre del siglo, del libre pensador, como ya hemos notado; el Dr. Faustino, carácter complejo y trazado con gran habilidad, también degenera y deja de representar lo que el autor se había propuesto. Perez Galdós ha logrado en este respecto (el principal tratándose de lo que se trata) la mayor victoria; la concepción de esta novela, que se llama *Gloria*, es muy grande, muy bella, muy trascendental; el desempeño, lleno de dificultades, ha sido felicísimo, casi diríamos perfecto.

Esta buena fortuna del Sr. Perez Galdós, redundando no sólo en bien de su fama y de la belleza de su obra, sino de la idea que defiende el novelista con tanto denuedo. En *Gloria* hay una lógica inflexible, que nace de la verdad de la idea en que se inspira

y aparece merced á la sábia conducción del pensamiento, que ni un momento se oscurece ni mezcla con elementos extraños. Esa lógica puede originar dolorosos pero saludables combates en muchas conciencias, si se paran á meditar las enseñanzas de la novela que examinamos.

Yo no sé si habrán sido análogas reflexiones las que han llevado á un ilustre crítico á la afirmación categórica de que *Gloria* es una de las mejores novelas españolas contemporáneas; de todos modos, mucho nos lisonjea el hallarnos conformes con la opinión de tan autorizado escritor.

III.

Si no nos sintiéramos ya temerosos de haber cansado la atención de los lectores, podríamos emprender ahora, explicado el que nos parece principal pensamiento, la análisis literaria de esta obra. Sin detenernos en tan vasta materia, si diremos que el Sr. Perez Galdós ha sabido ayudarse en el desempeño de su trabajo de todos los elementos que podían enriquecer su pensamiento y darle relieve. Es *Gloria* un cuadro de tan acabados términos, de toques tan inspirados y oportunos, tan discretamente pensado, con tal gracia concluido, que sería difícil quitar ni poner cosa alguna. De los caracteres ya hemos hablado, aunque sólo lo preciso para hacer comprensible la idea principal: Gloria, nunca bastante admirada, es el tipo de belleza femenil más hermoso que ha engendrado la fantasía de nuestros novelistas y superior sin duda á otras muchas heroínas ya célebres en nuestra literatura contemporánea. Aquella niña que siente dentro de sí algo que es acaso el genio; que quiere someter á la autoridad su conciencia y no puede, y que arroja los libros por no juzgar, y sigue juzgando de todo con fiebre de discernimiento, aquella alma enamorada sin saber de qué, pero que al fin

Ve cuajarse en el viento su esperanza,

y amante y correspondida, promete sofocar su amor, porque también la autoridad lo exige, y que necesitando amar algo, vuelve su corazón del lado de los recuerdos y adora en la memoria de los hermanitos muertos; esa Gloria, que á todo renuncia menos á pensar la verdad y á hacer el bien, águila enjaulada como mísera avecilla, víctima, en fin, de uno de esos grandes errores que viven en la historia siglos y siglos porque viven respetados; esa Gloria, que cada cual quisiera encontrar en su camino para llenar vacíos del corazón que pocas veces se colman, es perfectísima imagen de la mujer más pura, más noble, de la mujer digna en su pensamiento, como en su cuerpo, como en sus sentimientos. ¡Y Gloria, sin saberlo, llega á ser hereje y contumaz, y por consiguiente indigna de la

absolucion del obispo, aquel santo implacable, que tiene caridad ardiente para todas las cosas, menos la más grande, la conciencia! ¡Gloria hereje! Fuerte es la lección, pero profunda y saludable la enseñanza.

Daniel Morton, el judío, está sin duda llamado á desarrollar más su carácter en la parte segunda de la novela, que aún no conocemos; pero ya en la primera se presenta como espíritu digno del amor de Gloria: Morton ya no es, como el ingeniero de de Doña Perfecta, indiferente en religion, libre pensador secularizado; es tan sectario como Gloria, y aunque tiene la tolerancia exterior de las formas, es intolerante como un rabí en el fondo de sus creencias. El autor ha escogido la religion judáica para Morton porque así el conflicto es mayor, la dificultad de la avenencia insoluble dentro de los respectivos credos: además, el tipo posible, verosímil, real de un libre pensador intransigente en materia de conciencia, que ni por fórmula se atempera á las exigencias del catolicismo, ofrecía mayores dificultades, porque para muchos tal personaje es un mito, y sobre todo los esfuerzos que se le exigen en la sociedad del día son tales, que si ha de vencer en la lucha donde él combata no puede haber otro héroe superior ni igual: en la novela *Gloria* no cabía el personaje que indicamos, y así el autor ha hecho bien en no oscurecer la figura de su protagonista con otra concepcion tan sublime. El Sr. Perez Galdós cuenta con fuerzas bastantes para escribir la novela de ese hombre de cuyos combates en la vida dió un bosquejo el Sr. A... en su *Minuta de un testamento*.

Merecerían artículo aparte la composicion de *Gloria*, la traza del plan, la profundidad y hermosura de los pensamientos, el movimiento y vida de las escenas, que, sin perder un punto el interes, se suceden, ya graciosas, ya patéticas, ya tiernas, ya sublimes.

El lenguaje es natural, puro, sin afectacion de ningun género, y revela en su autor un espíritu franco, noble, varonil, apasionado, tierno, pero si hace falta, sutil, observador, satírico. Es un vicio, por desgracia muy comun en nuestros escritores, el amaneramiento; aún los más expertos y concienzudos se dejan arrastrar por el demonio de la afectacion. Perez Galdós, acaso el único, se ha librado de esta lepra general. Si alguna vez se quiso atribuir esta ventaja á frialdad, palidez, pobreza de estilo, ¿quién ahora se atrevería á sostener otro tanto? Perez Galdós debe su naturalidad, que ha de contribuir no poco á la vida de sus obras, no á la inopia, á la rectitud y seriedad de su talento y de su corazón. Sin preciarnos de médicos del alma, nos atrevemos á asegurar que este ilustre ingenio se halla exento de ciertas debilidades y acha-

ques que suelen ahogar en flor muchas esperanzas de las letras. Un escritor que con tan grande talento, con tan sano criterio y con tan altas miras se consagra, denodado y decidido, al servicio de la justicia, de la verdad y de la belleza, es ya gloria de las letras y adalid de la civilizacion.

La verdad y la belleza; este era el lema del insigne autor de *Guillermo Meister*: el autor de *Gloria*, peleando bajo dicha bandera, acaba de conquistar sus mejores laureles.

LEOPOLDO ALAS.

LOS ANTEPASADOS.

INGO.

V. *

EN EL BOSQUE.

En el castillo del Príncipe y en la aldea ofase el chirrido de los carros cargados con las cosechas; la premura del trabajo hacía olvidar su orgullo á los hombres de guerra que ayudaban á los criados, y los segadores, despues de haber ceñido al Dios tutelar la última gavilla, traían á la morada del señor, cantando y danzando, la corona de espigas; los chiquillos de la aldea revoloteaban como tordos en los linderos del bosque, y recogían en largas cestas, hechas de correas de madera, las bayas y nueces. Cada uno se afanaba en entrojarse los frutos que la Diosa de la pradera concede á los hombres sedentarios. Al lado del Príncipe atendía Ingo á la pacífica faena que no había hecho más que contemplar desde su alto corcel de batalla; disgustábase cuando oía á su huésped enojarse como un aldeano contra los lobos que le habían destrozado algun ternero; pero con más frecuencia sonreía cuando su vista se dirigía á Irmgarda, que ordenaba el trabajo de sus criadas. Su corazón y el de la doncella palpitaban de alegría cuando les era dado cambiar en presencia de extraños, bien en el castillo, bien en la pradera, un cortés saludo ó algunas palabras. La etiqueta de la casa era severa, los hombres vivían separados, é Ingo, despues de hecho el juramento de hospitalidad, por nada del mundo hubiera turbado la paz doméstica con una audaz tentativa para acercarse á la doncella. Casi todos le trataban amistosamente; sólo los ojos de la Princesa se oscurecían cuando le miraba sin ser vista. Contrariaba su orgullo que Ingo, á pesar de sus advertencias, hubiera

* Véanse los números 150, 151, 153 y 154, páginas 16, 50 109 y 146.

vencido en los juegos á un pariente suyo, y que su deseo de que pasara por un viajero desconocido hubiera sido burlado por el cantor. Aun otra cosa la disgustaba; para esposo de su hija había escogido á su deudo Theodulfo, y de muy atrás se había concertado la alianza entre su familia y el señor Answaldo, y ahora vigilaba con suspicacia á su hija y al extranjero.

Un día llegó á la pradera un juglar vagabundo con su caja; sopló su gaita delante del patio del Príncipe hasta que se reunió la gente de la aldea; los domésticos y criados del señor asomaron también á la puerta. Una vez cerrado el corro, comenzó el charlatan en chapurrado lenguaje su relación: según él, su caja ocultaba un héroe romano, y si los guerreros y hermosas señoras tenían gusto en ello, estaba pronto á enseñarlo. Dió un golpe sobre la caja, levantóse la tapadera y apareció, haciendo contorsiones y muecas, un pequeño y horroroso engendro, parecido en el rostro á un hombre, y cubierto hasta las orejas con un yelmo romano. Muchos retrocedieron, y los más animosos celebraron con risas la aparición. El hombre abrió la caja, y el mono saltó de ella vestido con coraza como la de los guerreros romanos. Recorrió el circuito sobre sus descarnadas piernecillas, saltó y bailó; al principio se asustaron los aldeanos, pero luego sucedieron las risas y los aplausos, tanto que Hildebrando corrió al gabinete, y dijo á su señor:

—Un titiritero está delante de la puerta danzando con un pequeño salvaje que llaman un mono.

El Príncipe, acompañado de Ingo y las mujeres, salió á ver la escena, y se regocijó con las cabriolas del animal. Por último, el mono se quitó el yelmo y recorrió la fila, mientras el hombre decía:

—Regalad, señores, á mi guerrero romano las monedas romanas que tengais en vuestros bolsillos, grandes y pequeñas; cuanto más grande sea el señor, mayor debe ser la moneda. Quien de esto no tenga, traiga á mi caja longanizas y huevos.

Rióse la gente, unos echaron mano al cinto y otros fueron á su casa para traer al charlatan provisiones acomodadas á su errante vida. El juglar se acercó á los señores, y el Príncipe y Theodulfo sacaron de sus faltriqueras monedas romanas de cobre; Frida oyó decir al último, señalando á Ingo:

—Allí está el más noble héroe; ese te gratificará con más esplendidez.

Y como Frida viera al hombre dirigirse con su mono hacia Ingo, temió que ni este ni su camarero Wolf hubieran encontrado en los vestidos regalados por la Princesa cosa ninguna que poder dar, y para evitarles la confusión, desprendió rápidamente de su pecho un pequeño cascabel de plata que había recibido de Irmgarda, y poniéndose delante del juglar le dijo:

—Este héroe, que conoce mejor que tú los saltos de los romanos, te regalará, si ántes le dices el traje que viste tu engendro cuando pides limosna á los romanos.

Tomó el hombre la joya; miró con recelo á Ingo, pero contestó con desfachatez á la doncella:

—Tengo por pérfido y grosero el saludo de los vándalos; á tí te contestaré que el que quiera agradar á los romanos debe danzar desnudo; te aconsejo que hagas lo que allí hace mi mono.

—Se me figura,—gritó Frida irritada,—que cuando tu gato baile delante de extranjeros ridicularizará á nuestros guerreros, como ahora á los extranjeros delante de nosotros.

Aprobaron los hombres, y separáronse riendo del juglar. Ingo se le acercó, y le dijo:

—¿En qué has conocido que soy un vándalo?

—Bien claro se ve sobre tu cabeza,—contestó el hombre, señalando al capacete de Ingo, adornado con tres plumas del ala del ánade silvestre.—Aún no hace ocho días que en país borgoñon me cepillaron con poca suavidad tus plumas.

El rostro de Ingo se alteró, cogió al hombre por un brazo, y lo atrajo hacia sí.

—¿Cuántos eran los que llevaban esta señal?

—Más de diez, y menos de treinta,—contestó el hombre;—me insultaron porque mi pequeño bailaba adornado con plumas de ganso, y me amenazaron con golpearme.

—El que te increpó, ¿era un guerrero viejo, de barba gris y una cicatriz en la frente?

—Como tú le pintas era, señor, y además de groseros modales.

Irmgarda conoció que el héroe dominaba á duras penas su emoción, y vióle separarse de los demás y dirigirse solo á la casa.

Al poco tiempo llegó Volkmar con el carácter de enviado del Rey; recibióle Ingo como un amigo largo tiempo esperado, escuchó su mensaje, y condujolo ante el Príncipe; allí los tres sostuvieron una cordial deliberación.

—El Rey me invita y me jura seguridad,—dijo Ingo;—sea cualquiera su verdadero sentimiento hacia mí, debo aceptar el convite. Sólo una cosa me detiene, y con rubor hablo de ella: no puedo ir á la corte del Rey como un hombre desprovisto de lo más necesario, como vine á tu lado, Answaldo.

El Príncipe preocupado, contestó:

—Ni caballos ni vestidos te faltarán, y Wolf te acompañará como escudero; pero no te aconsejo que fies en la palabra del Rey y te arriesgues entre las hachas de sus guardianes; fácilmente desaparecerías entre aquellos espesos muros sin dejar el menor rastro de tu suerte. Triste fin depararía el viaje á tu heroísmo.

Tambien Wolkmar habló así:

—Bien sé, Ingo, que es propiedad tuya no tomar en cuenta el peligro, y que al hombre muchas veces sálvale la audacia; pero de aceptar, como deseas, la invitacion del Rey, no puedes hacerlo como oscuro y aislado viajero; parecerías despreciable al Rey y su séquito; no sería el tratamiento digno de tí, y gracias si el Monarca no atentaba á tu vida; pues en su corte sólo los magníficos vestidos, los caballos y la comitiva dan á los héroes la apariencia de tales. Preciso es que ántes que vayas á la corte te procures todo lo necesario; y debo advertirte que si tu séquito se compusiera de estos montañeses, te harías muy sospechoso al Rey.

—Bien has hablado en todo, Volkmar,—contestó Ingo,—y si osas volver á presencia del Rey, dile que he recibido su mensaje, y que le quedo reconocido; que tan pronto como pueda presentarme segun su decoro y el mio exigen, así lo haré.

—Llevaré la respuesta, y veremos de esquivar el golpe si me arroja su vaso.

Answaldo se asoció á este mensaje de gratitud, pues la exigencia del Rey le había producido secreta inquietud, que varonilmente disimulaba.

Cuando Ingo y Volkmar estuvieron solos, comenzó el primero:

—Me has dado un buen consejo y no me rehusarás otro. Ya ves que estoy como el niño sacado de las aguas y recién llegado al mundo; estas gentes son buenísimas, pero rara vez acometen guerreras empresas; ruégote, fiel compañero, inquieras un rincón cualquiera del mundo donde una buena espada encuentre gloriosa faena.

—Espera un poco,—contestó Volkmar sonriendo,—y por ahora escucha con agrado á la jóven Irmgarda cuando ante tí repita mis canciones; es la niña diestra en el canto y en el manejo de la lira. Si oigo hablar de alguna gloriosa expedicion, lo sabrás á tiempo; pero hazte cargo de que en otoño atrae al guerrero el hogar, y deja para la primavera las empresas marciales.

—Oye, además,—añadió Ingo,—lo que constantemente turba mi sueño. Al saltar al Rhin me separé de mis gentes; los romanos rompieron tras de mí como el río desbordado cae sobre las riberas, y la sacerdotisa me ocultó hasta que me envió hácia el Norte; al despedirme, me prometió buscar á mis vándalos, que habían quedado junto al embarcadero de las lanchas. Ultimamente oí á un juglar que en la última luna acampaban guerreros vándalos en país de Borgoña, y por las señas Berthario, á quien tú conoces, debe ser uno de ellos. Búscalos, si puedes, en obsequio mio; pues por queridas que me sean aquí algunas personas, no estaré tranquilo hasta que sepa cuántos de los míos han escapado al hierro de los romanos.

Asintió el cantor con un gesto, y se dirigió hácia la salida.

—El amo de esta casa te muestra inclinacion, pero el ánimo de los hombres es variable, y pronto se cansa quien se apoya en una sola pierna. Me has honrado con tu confianza diciéndome que estás desnudo como el niño á quien sacan de las aguas; voy á pedirte un favor. En otro tiempo me diste esta pulsera de oro; recóbrala, señor, por mi amistad, y si los Dioses te conceden la ventura, ocasion tendrás de pagármelo con creces; por ahora puede servirte para procurarte un caballo y vestidos, ó un leal escudero compañero de tus viajes.

—Mejor recibiría de tí que de ningun otro,—repuso Ingo;—pero ya sabes que no debe el guerrero ir al combate jamás sin oro; aún guardo en mis vestidos el que Berthario me dió cuando me separé de él; si debiera sucumbir separado de los míos en el campo de batalla, el que encontrase dinero sobre mí, daría á mi cuerpo decorosa sepultura en agradecimiento.

—Tambien es preciso, héroe, pensar en el buen nombre en vida; y me atrevo á aconsejarte que hagas un regalo á la jóven Frida, pues corre por aquí que la muchacha, para agradar á su señora, se ha desprendido en tu obsequio de una joya de plata: tambien conviene que des algo á Wolf para que sus paisanos no le zahieran diciéndole, que sirve á un pobre amo. No te irrites si con tal confianza te hablo; quien está hecho á ganarse voluntades, sabe bien cómo esto se logra.

Ingo le alargó la mano sonriendo:

—A tí sólo no daré nada, y con gusto seguiré debiéndote mucho.

—Y yo á tí más, mientras respire,—dijo Volkmar saludando profundamente ya sobre el umbral.

Ingo siguió el leal consejo; y cuando puso en la mano de su camarero Wolf dos piezas de oro con la efigie del emperador Constantino, en la alegre expresion de aquél y en sus cortesanas muestras de agradecimiento pudo ver cuán apreciados eran semejantes regalos entre los montañeses. Tambien, despues de la comida, acercóse en público á Irmgarda y la dijo:

—Tu servidora Frida me ha procurado, gracias á la joya que en mi nombre dió al juglar, un alegre mensaje; te suplico que, como muestra de mi gratitud, le entregues estas monedas.

El oro extranjero pasó de mano en mano, y el príncipe y todos los partidarios de Ingo se regocijaron de que éste hubiese podido portarse con el desprendimiento que convenia á su dignidad.

Ingo observó más celo en los servidores desde que estos comprendieron que podían esperar recompensa; y ellos pensaban que es honra en el amo dar y en el servidor recibir.

Pero Ingo buscaba también algún presente para aquella que amaba. Una vez que la joven estaba en el patio, no lejos de aquel seto de sauces, acercósele Ingo con disimulo y presteza; ella oyó sus pasos, pero no volvió la cabeza, para que nadie descubriera en su rostro la alegría que la inundaba. Solos los dos, pudieron devorarse con la vista, y esta vez pasó desapercibido el ruiseñor que desde una rama dirigía con zozobra los primeros giros de sus hijuelos. Ingo dió principio á la misteriosa conversacion.

—En remota época Schwauhilda, la madre de mi raza, voló sobre la tierra envuelta en el plumaje de los ánades; desde entónces las plumas de las alas de estos son el signo consagrado por los hombres y mujeres de mi familia para adornar en la solemnidades sus cascós ó diademas; y como matar un ánade es un sacrilegio entre nosotros, necesitamos tomarle sus plumas al pájaro vivo. Hoy he logrado arrancar á uno este adorno; para tí ha sido, y te suplico lo recibas y conserves, amada mia. En el cañon de la pluma he grabado una señal; con ella marco todo lo que me pertenece.

Irmgarda se estremeció; comprendía que en aquellas plumas ofrecía Ingo lo que no osaba hacer con palabras; vacilante preguntó:

—¿Y cómo puede ser mio lo que es tuyo?

El hombre muy conmovido contestó:

—Sólo amo la vida porque conozco una doncella que algún dia ha de llevar sobre su cabeza y á presencia de todo el mundo el signo de mi raza.

Y volvió á alargarle el adorno. Tomó entónces Irmgarda las plumas y las ocultó en sus vestidos; sus manos apenas se habían tocado, pero los corazones sintieron una fuerte sacudida.

—¡Irmgarda!—gritó la imperiosa voz de la Princesa.

Los ojos de ambos jóvenes cambiaron una amorosa mirada, y la doncella dirigióse rápidamente á la casa.

—¿Qué tenía que hablarte el extranjero?—preguntó la madre á su hija.—Su mano tocó la tuya y ví el rubor en tus mejillas.

—Me enseñaba las plumas de un pájaro, que sirven de señal en su familia para reconocerse cuando andornan con ellas sus cabezas,—contestó Irmgarda.

Pero también ahora el traidor carmin coloreó su rostro.

—Todos los pájaros del bosque callan cuando canta el cuco,—dijo la madre.

—Nada me dijo que pudiera ofenderme, y hubiera sido descortés rechazando su conversacion. No te irrites, madre.

La princesa prosiguió así:

—Con poco gusto veo al extranjero prolongar su

estancia en nuestra casa. Bien le está al amo de ella ser liberal con los necesitados, pero el ama debe tener apretadas las llaves para que la hacienda no se malgaste, y debe también evitar que la garduña penetre en el gallinero. Si cree el extranjero que su famoso salto de los caballos ha de valerle para entrar en las trojes de mi señor, en sus despensas y cocinas, se equivoca. Y tú, que eres mi hija, debes permanecer extraña á quien vive como un hongo, sin patria, desterrado y más pobre que el último mendigo que llega á nuestras puertas.

Irguióse Irmgarda.

—¿De quién hablas, señora? ¿Del héroe á quien el señor de la casa ofrece el puesto de honor? ¿Del inocente que vino á nosotros confiado en los juramentos de los padres? He oido que el padre del mio mezcló en un sagrado brindis gotas de su sangre con otras de sangre real para que las generaciones venideras se amaran y honraran. Si el hijo de aquel Rey puede ser extranjero para algunos, en casa de mi abuelo, nadie, ni tú misma, puede llamarlo así.

—Tus irreverentes palabras,—gritó la madre,—despiertan mi eterno dolor por la muerte de tu hermano. Desde el desgraciado dia en que murió á manos de un soldado del Rey, fuiste tú el único objeto de mis cuidados, y mal pagas la solicitud de tu madre.

—Si mi hermano viviera, á nadie cedería el honor de ser el hermano de armas de ese á quien llamas un mendigo.

—Por la muerte de tu hermano recae en tí la herencia de tu padre, y tu madre debe pensar en el marido que te conviene.

—Si soy la heredera de esta casa, también lo soy de sus alianzas y juramentos, y decidida estoy á sostenerles lealmente. Jamás he rehusado mi respeto á tus parientes, ni al tío Sintram, ni al primo Theodulfo, cualquiera que sea la disposicion de mi corazón hácia ellos; no me reproches, pues, mi afecto á los que están ligados á la familia de mi padre.

—Silencio, niña rebelde,—gritó la madre acalorada;—demasiado tiempo la voluntad del Príncipe te ha detenido en casa; ya lo es de que el matrimonio doblegue el ánimo soberbio.

Cuando la Princesa abandonó el aposento, Irmgarda permaneció con la vista fija y las manos fuertemente apretadas.

—Gran reprimenda ha echado la señora á las criadas porque la nata se ha cortado,—dijo Frida al entrar.

—Dura es para todas nosotras,—contestó Irmgarda hallando con trabajo palabras para expresarse. Tú me eres fiel, y sólo en tí podré tener confianza

si te sientes con ánimo para arrostrar el enojo de la señora.

—Soy libre, y por mi voluntad tu acompañante, no de la señora; por amor á tí permanezco en la casa señorial, á pesar de que mi padre me necesita en la suya. Más de una vez hemos dominado la cólera de la señora; dime también ahora lo que te disgusta.

—Mi madre mira con malos ojos al huésped, á quien al principio tanto distinguía, y temo que ahora sea mal atendido, pues cuando la señora no advierte, las criadas son perezosas.

—No tengas cuidado; Wolf es su camarero, y si yo se lo permito, el rapaz me contará de su señor más de lo que yo quiera oír.

—Óyelo todo, y cuéntamelo, pues conviene conocer las necesidades del huésped.

—Las dos sabremos con gusto de uno y otro,—dijo Frida riendo;—mucho más me gusta el extranjero que esa grulla de Theodulfo con su cabeza echada hácia atrás; y desde ahora te aseguro que cuando vengan á solicitar tu mano los parientes de Theodulfo, que se dice que será muy pronto, han de encontrar á la salida una escoba, para que sepan lo que pensamos las doncellas de sus pretensiones.

Irmgarda, al oír estas atrevidas palabras, ocultó su rostro entre las manos; corrían las lágrimas á través de sus dedos, y su cuerpo aparecía presa de dolorosas convulsiones. Frida la abrazó, y arrodillada ante ella la prodigó caricias y tiernas palabras.

Poco tiempo había pasado de la conversacion entre madre é hija, cuando un día entró Sintram á caballo en el patio del castillo. En la cámara de la Princesa tuvo una larga conferencia con el Príncipe, y repitió á nombre de Theodulfo la pretension de matrimonio. Esta pretension no podía hacerse con el ceremonial requerido mientras Theodulfo continuase al servicio del Príncipe; pero doce dias despues de año nuevo espiraba el plazo de su compromiso, y para esa época se fijó la solemnidad, y para la primavera el casamiento. Todo quedó convenido, incluso el dote y los regalos, y la Princesa deseó que los dos hombres renovasen las antiguas promesas, consagrando la alianza. Satisfecho aparecía Sintram cuando subió á su caballo, y como el señor le acompañaba hasta la puerta y allí le despedía con un expresivo apretón de manos, muy poco caso hizo de la escoba que la irritada Frida había colocado á un lado de la puerta; pero Theodulfo, que presenciaba la despedida, dió un puntapié á la escoba y al encontrarse con Frida en el patio dirigióle una mirada que rebosaba profundo rencor.

Pasó el verano con su ardiente sol y sus nubes preñadas de tormentas; los campos quedaron de-

siertos y los hogares más frecuentados. Las principales casas de la aldea se disputaban la presencia de Ingo; los convites alternaban con las expediciones venatorias, y rara vez el Príncipe y el Vándalo pasaban el día en la casa. A Answaldo le era su huésped cada día más agradable, pues veía lo mucho que sus vasallos le apreciaban y la afable y prudente conducta que con ellos aquel observaba. De todos los cuidados que inquietaban á las mujeres nada sabía, pues su prudente esposa callaba todo lo que pudiera robar la tranquilidad al ánimo del marido, y por lo pronto se daba por satisfecha con las expediciones, que duraban semanas enteras. Pero Ingo notaba mucha gravedad en el rostro de Irmgarda y se desesperaba de no poder hablarla sin testigos.

Un día Ingo, acompañando al Príncipe, entró en aquel coto en que se había detenido cuando su llegada al país. En el bosque, la amarilla hojarasca cubría el suelo, y en los claros resonaban los gritos de los cazadores y los ladridos de la jauría. Los terneros, bien alimentados, triscaban y mugían, el pastor preparaba el regreso á las habitaciones de invierno, y las criadas acomodaban en los carros las últimas vasijas de la leche. Mientras el señor Answaldo se entretenía con los potros, Ingo se acercó á Irmgarda. Esta señaló á Frida que pasaba con un jarro de leche, y dijo:

—De esa fuente bebiste tú el primer trago en nuestro país, y en el mismo sitio en que ahora estás te ví por primera vez. Desde entonces ha desaparecido el verde manto de la tierra y han huido las aves de la selva.

—Y de tu rostro también ha huido la alegría,—contestó Ingo cariñosamente.

Irmgarda prosiguió:

—Felices eran aquellas egregias mujeres que en su ropaje de plumas volaban á donde las llamaba su voluntad; conozco á una doncella que, clavada á la tierra, envidia el arte de cruzar los cielos. Bien quisiera ella coser dos túnicas de pluma para el ánade y su pareja, pero su deseo es vano, y piensa con recelo en la época en que el alado escuadrón desaparezca en los horizontes de sus praderas.

—Confíame,—replicó Ingo,—lo que así atormenta tu ánimo.

Irmgarda calló un momento.

—Ya vendrá el día en que otros te lo dirán, yo no,—contestó por fin;—pero si te decides á habitar entre nosotros todo el invierno, nada temo de lo que este pueda traer consigo.

Un salvaje vocerío mezclado de extraños gritos de guerra interrumpió la conversacion; Ingo se irguió; como en la sala del festín, su rostro resplandeció de alegría, mientras los Thuringios se reunían y se aprestaban las armas.

—De paz vienen; mi padre los acompaña,—gritó la hija de Bero.

Y señaló un escuadrón que descendía rápidamente la montaña con gritos de júbilo y blandiendo las picas. Ingo corrió hacia ellos; apeáronse los jinetes y apiñáronse en redor del héroe; y mientras unos sostenían sus brazos, inclinábanse otros sobre sus manos, abrazaban sus rodillas y resonaban sin interrupción los gozosos alaridos. Ingo llamaba á cada uno por su nombre, tocábalos y abrazábalos, y las lágrimas brotaban de sus ojos; á veces su mirada corría ansiosa el apretado círculo; pero en vano: no todos los que él esperaba saludar estaban vivos. Y no obstante, la felicidad del momento fué bastante para que por largo espacio se olvidaran los extranjeros y su Rey de la presencia de los Thuringios. Rodeaban estos al Príncipe en considerable número, que había atraído el vocerío de los Vándalos, y el padre, la hija y sus vasallos escuchaban conmovidos, con húmedos ojos, las rápidas preguntas y respuestas, las risas y lamentos de los extranjeros.

Más sereno miraba Bero la escena, mientras al príncipe hacía el siguiente relato:

—Había descendido la falda Sur de nuestras montañas hasta el riachuelo Idis, en cuya margen mora la pequeña tribu de los Marcingios, para tratar con ellos compras de ganados, y allí topé con esta banda de ánades silvestres que buscaba á su jefe; yo, que sabía dónde le hallarían, y complacido de su abierto carácter, condújelos aquí.

Avanzó Ingo hacia el Príncipe, y dijo:

—Perdónanos, señor, que en la efusión de nuestra alegría hayamos olvidado demandar tu vènia; los que aquí están, desterrados son como yo, y en obsequio mio han abandonado la adorada patria, y también, como yo, carecen de padres y amigos; unos para otros somos como hermanos en vida y en muerte, y es nuestro orgullo honrarnos mutuamente y compartir penas y glorias mientras estemos sobre la faz de la tierra, lejos de la que nos vió nacer. El trono del mismo Ingo no tiene más apoyo que sus leales corazones, y donde ellos reclinan su cabeza allí debe reposar la mia. Amistosamente me has recibido, Príncipe, pero ya, de solo que era, me he convertido en una familia numerosa, y lleno de duda me presento á tu vista.

—Bien venidos sean todos,—gritó Answaldo con la mayor cordialidad;—la casa es grande y las trojes están henchidas; á todos os saludo, nobles huéspedes.

—Yo te aconsejo, señor,—objetó Bero pensativo,—que, haciendo uso de tu derecho, repartas los extranjeros en las aldeas; todos los vecinos los hospedarán con gusto y á ninguno serán molestos. Además, los extranjeros tienen con qué recompensar el

hospedaje, pues traen consigo hermosos caballos, y algunos de ellos padres; ¡mira, señor, mira aquel tordo! Nuestros vecinos tendrán gran satisfacción en procurarse buenos caballos de silla y en escuchar en las largas noches de invierno, al lado del fuego, el relato de las expediciones guerreras de sus huéspedes.

Sonrióse Answaldo, pero contestó con calor:

—Bien piensas, Bero; pero mi casa tiene mayor derecho, y esta vez, vecino, no pienso cederle. En pocos días, los huéspedes, ayudados por mis muchachos, se construirán su dormitorio, y á su abrigo podrán desafiar el tempestuoso invierno.

—La voluntad es buena,—dijo Bero;—Frida, tráeme el caballo.

Dirigióse á un viejo guerrero vándalo, le alargó la mano y habló así:

—Acuérdate de nuestra conversacion; vais á habitar la casa señorial; pero si alguna vez apeteceis el techo del labrador, sereis bien recibidos en nuestras libres y honradas praderas.

Cambió aún algunas palabras con su hija, saltó con ímpetu sobre la silla, y salió al trote valle abajo saludando á todos.

Ingo entonces presentó al Príncipe los suyos, nombrándoles uno por uno; delante de todos estaba un guerrero ya entrado en años; sus miembros parecían de cobre; los rasgos de su fisonomía acentuados; la mirada atrevida, y la lengua barba cubría con sus ondas grises la mitad del pecho; veíase un hombre acostumbrado á la pelea y endurecido en el peligro.

—Este es Berthario, de raza noble; cuando yo era niño me sacó bajo su escudo de la casa incendiada, último refugio que me amparó en la frontera de mi patria; prendieronla fuego los borgoñeses, entonces aliados de mi tío. Desde entonces ha sido mi maestro en todos los oficios de la guerra; como padre ha protegido mi adolescencia, y si no soy por completo indigno de mi nombre, á él se lo debo.

Y cuando el Sr. Answaldo tendía al héroe la mano, éste contestó:

—Me acuerdo del día en que tu padre se hospedó en casa del mio: era un día de otoño como hoy, y la caza había sido abundante en las montañas que nosotros llamamos de los Gigantes. Había matado mi primer ciervo, y el héroe Irmfrido me invitó bromeando á cazar en los bosques montañosos de Thuringia. Mucho he viajado y mucha nieve ha caído sobre mis cabellos hasta que la suerte me ha traído á tus sotos; pero aquí estoy ya, señor, y dispuesto, si me lo permites, á acompañarte en las estrechas y empinadas veredas.

Mostróse el Príncipe complacido con estas palabras, y á su vez presentó á los recién llegados los principales dignatarios de su casa, aconsejando á

ambas partes cordialidad en sus futuras relaciones. Después de esto montó á caballo, y acompañado de Irmgarda se adelantó á los extranjeros para dejarles en completa libertad de comunicarse sus impresiones. Cuando los vándalos se vieron solos, resonaron de nuevo las alegres exclamaciones, y calbagaron en confuso y bullicioso tropel; cruzábanse preguntas y respuestas sobre el modo cómo Berthario había conducido el escuadrón hasta aquellos parajes. Difícil era entenderse, pues cada uno de aquellos leales quería ser el más cercano á Ingo, y todos gritaban, aumentando el estrépito el eco devuelto por las montañas. Por fin, pudo Ingo hablar con Berthario, y díjole así:

—¡Maravilla me parece que pueda estrechar tu mano, padre mio! Cuéntame con toda minuciosidad cómo pudiste escapar de la batalla y encontrarme aquí.

Sonriendo contestó el anciano:

—Cuando el señor tomó el camino de los peces, siguióle la servidumbre. Fué nos preciso repartir algunos tajos sobre los romanos que pisaban nuestros talones ántes que encontráramos paraje propio para echarnos al agua; como ranas saltaron al Rhin tus muchachos, no todos, señor; no has olvidado á los que hoy faltan de aquí. Ayudados de nuestros escudos de madera, lucháramos con dos peligros, pues las flechas romanas llovían sobre nosotros; un Dios amigo vino en nuestra ayuda. Un tronco de sauce que el río arrancó á la orilla seguía con reposo la corriente, y al abrigo de sus ramas y raíces mi cansada gente pudo impulsarle hácia la opuesta playa; y mezclados con la fugitiva muchedumbre de guerreros alemanes navegamos como anguilas en vivero alrededor de una carroña. Ya á salvo en la orilla amiga, nos internamos en el espeso bosque, y por la noche escudriñamos los valles ansiosos de noticias tuyas; pensáramos tributar á nuestro señor el último servicio corriendo alrededor de su túmulo mortuorio; pero vanas fueron pesquisas y preguntas; ninguno de los fugitivos había visto tu rostro: con gran pesadumbre atravesamos la Selva Negra, y perseguidos por los romanos, llegamos á tierra de Borgoñones. Cuando los guardias de esta nación nos condujeron á presencia de su rey Gundomar, ya la fama de tu salto había llegado hasta él; y te creía elevado á la mansión de los Dioses. Aunque te había sido hostil, ahora suspiró cuando pronuncié tu nombre, recordó tus virtudes y pareció horrorizarle la idea de entregarte á los romanos. Incentónos á tomar parte en las filas de su ejército en una expedición que preparaba contra las marcas orientales del Danubio; carecíamos por completo de caballos y vestidos; estábamos como grajos en la muda, y ansiábamos ocasión de botín. Seguimos la expedición y no nos fué mal; tus muchachos vienen bien

montados y sus bolsas están regularmente repletas. En la antepasada luna acampáramos á orillas del Danubio; animados con el botín, bebían alegremente los borgoñones, y, según su costumbre, charlaban con los mercaderes romanos y juglares que se habían acercado al olor de la ganancia. Tus muchachos estaban de peor humor, y contemplaban cómo el viento de otoño arrastraba la seca hojarasca; acercóseme entonces uno de aquellos vagabundos, y saludándome dijo: «Si te place, voy á proponerte un acertijo á ver si encuentras su explicación: ¿Quién lanzó al trovador á la barca? ¿quién entre flechas desapareció como el cisne herido?» Estremecíme y contesté: «El rey Ingo empujó á Volkmar á la barca, y el rey desapareció en la corriente como un cisne herido.» Entonces añadió el extranjero: «Tú eres el que busco, y de lejos vengo como enviado de mi camarada; y puesto que te he encontrado, oye dos advertencias que Volkmar te hace. En la casa de Irmfrido mora el protector del cisne; en el hogar de los Thuringios éste espera á los desbandados.» Grande fué entonces nuestra alegría, pues bien comprendimos lo que el nombre de Irmfrido significaba. El rey Gundomar quería retenernos, pero le suplicamos nos permitiese la vuelta al país; guardéme bien de decirle que el país de tus muchachos es la tierra que recibe la sombra de su señor.

—¡Pobres gentes!—dijo Ingo con amargura;—menguada sombra es la mia, y apenas si cubrirá la huella de vuestros pies.

—Quizás para tí se levante un nuevo sol que arroje tu sombra sobre dilatado terreno,—contestó el viejo consolándolo;—basta por ahora que tus muchachos encuentren para sus cansados cuerpos un abrigo contra los temporales del invierno; en cuanto los árboles retoñen, te acompañaremos á nuevas expediciones. Dime, Rey, si los techos que alcanzo á ver podrán resguardarnos todo el invierno.

—Los Dioses propicios nos conceden tal cosa; más felicidad he encontrado aquí que presumir podía; pero también menos seguridad que esperaba.

La puerta del castillo estaba de par en par abierta; el huésped recibió á los extranjeros y les acompañó á la sala; allí les estaba preparado el banquete de bienvenida, y mezclados con las gentes del Príncipe, sentáronse los Vándalos á las mesas.

A la siguiente mañana sonaban incesantemente los martillos y las hachas; con las vigas y tablas profusamente apareadas en el patio, erigióse junto á la habitación de Ingo un dormitorio para sus paisanos y una vasta caballeriza para los corceles; pocos días después estaba terminado el edificio, pues no habían escaseado los auxiliares. Vinieron también los vecinos, saludaban á los extranjeros y contemplaban las hermosas parejas de caballos no domados

que estos habían traído; generalmente se concluía ventas ó cambios. Alrededor de la ántes silenciosa casa del Príncipe había ahora un alegre barullo de aldeanos, y un continuo estrépito producido por hombres y caballos. Los Vándalos, de elevada estatura y vestidos con sus extraños trajes de guerra, discurrían por las calles de la aldea, ó sentados sobre las gradas del salón al lado de las gentes del Príncipe reían sin cuidados, y con gusto contaban los usos de su raza; mezclados con los servidores de la casa, recorrían el bosque, y como huéspedes eran bien acogidos en todas las aldeas de la tribu.

GUSTAVO FREYTAG.

Trad. de la sexta edición alemana,
por GENARO ALAS.

(Continuará.)

REVISTA CIENTÍFICA.

Ligereza del viento.—Un nuevo método para la destrucción de la *phylloxera*.—Causas del movimiento en el radiómetro.—Movimientos del cerebro humano.—Propiedades del éter bromídrico.—Edad del globo terrestre.—Efectos fisiológicos del vanadium, del cromo y del ácido fosfórico.—Organismos inferiores.—Exploración del Africa central.—Contagio por la leche.—Sociedades protectoras de animales.

El Padre Secchi ha hecho conocer los resultados de sus estudios, practicados en el Observatorio del Colegio Romano, acerca de la ligereza del viento. Lo más importante de ellos podemos reducirlo á lo siguiente: La ligereza del viento, por término medio en todo el año, es próximamente de 200 kilómetros, difiriendo muy poco un mes de otro; sin embargo, presenta su máximo en el mes de Marzo, y su mínimo en el mes de Setiembre. Las mayores diferencias se marcan en las horas del día, principalmente en los meses de estío y de invierno. A este propósito el Padre Secchi divide los meses del año en dos grupos: grupo invernal, que comprende Enero, Febrero, Marzo, Octubre, Noviembre y Diciembre; y grupo estival, que abarca los otros seis meses. Durante los meses de invierno, la curva diurna presenta su máximo de dos á tres de la tarde, y su mínimo por la noche y al amanecer; en el estío, el máximo corresponde de tres á cuatro de la tarde, y el mínimo á la media noche.

Para los que se han dedicado al estudio de los medios de destrucción de la *phylloxera*, no carecerá de importancia el conocer la Memoria que M. *Laureau* ha presentado en la Academia de Ciencias de Paris, probando el poder absorbente del carbon de madera para el sulfuro de carbono, y la

utilidad del empleo del carbon sulfo-carbónico para la extincion de la *phylloxera*. Segun el autor, 100 kilogramos de carbon conteniendo 8 por 100 de humedad, pueden absorber, despues de cinco dias de contacto, 160 kilogramos de sulfuro de carbono; si el carbon está completamente seco, puede llegar á absorber 225 kilos. Para conservar el carbon impregnado de sulfuro de carbono, no hay más que colocarle en el agua, porque expuesto al aire, el carbon sulfo-carbónico pierde en pocos dias todo el sulfuro que contiene. Si se introduce en la tierra, la evaporacion varia, segun aquella esté más ó menos húmeda. Concluye *Laureau* recomendando el carbon, por creerlo muy ventajoso, contra la *phylloxera*, siendo además fácil su transporte y su precio, relativamente á otros medios, bastante barato.

También preocupa seriamente á los hombres de ciencia los escritos de Bertin y de Garbe, explicando la causa del movimiento en el radiómetro, que segun ellos, y como resultado de numerosas experiencias, deducen que es debido únicamente á las materias gaseosas que quedan en el interior de la bola del aparato, no teniendo influencia directa ninguna la radiacion. Como el asunto es grave y presumimos ha de dar origen á animados debates y á trascendentales polémicas, procuraremos tener á nuestros lectores al corriente de cuanto en esta materia se haga.

Giacomini y Orlosso han estudiado, con los procedimientos gráficos, los movimientos del cerebro humano. Las observaciones se han hecho en el cerebro de una mujer que, á consecuencia de una afeccion sífilítica de las paredes del cráneo, había perdido una gran parte del hueso frontal y de los dos parietales. Condensando, diremos que, segun los trazados que ellos presentan, el cerebro del hombre está sometido á tres especies de movimientos: 1.º, pulsaciones que se producen á cada contraccion del corazon; 2.º, oscilaciones que corresponden á los movimientos de la respiracion; 3.º, ondulaciones debidas á los movimientos de los vasos durante la atencion, la actividad cerebral, el sueño y otras causas desconocidas.

El célebre profesor Rabuteau ha dado á conocer sus estudios sobre las propiedades fisiológicas y modo de eliminarse el éter bromídrico, asegurando que este agente anestésico, que posee propiedades análogas al cloroformo, al bromoformo y al éter, se podría emplear con ventaja para obtener la anestesia quirúrgica; teniendo á su favor el no ser ni cáustico, ni irritante, pudiendo, por tanto, hasta

ingerirse sin temor, y aplicarle sobre la piel y las mucosas sin accidentes consecutivos, eliminándose casi en totalidad por las vías respiratorias, sea cualquiera la vía por donde haya penetrado en el organismo.

En la sesión de apertura del Congreso de Glasgow, el doctor *Young* se ha ocupado de la edad probable del globo terrestre, que, según *Thomson*, es de cien millones de años, mientras que *Tait* no le concede más de diez á quince millones. *Young* cree que esta última cifra es suficiente, añadiendo: «Estamos ciertos de que la tierra ha tenido un principio, solamente que no podemos aceptar ninguna de las fechas que los palenteólogos la han asignado hasta el momento; por tanto, debemos estudiar y resolver la cuestión por nosotros mismos.»

En el mismo Congreso, en la sección de anatomía y fisiología, los Sres. *Gamgee*, *Larmuth* y *Priesley*, dan cuenta de sus estudios sobre los efectos fisiológicos del vanadium, el cromo y el ácido fosfórico. La acción del vanadium es eminentemente irritante, y determina la parálisis, las convulsiones, el sopor y la muerte. El cromo, por su parte, irrita la membrana mucosa del estómago, obrando después directamente sobre los centros nerviosos y determinando convulsiones, parálisis, vómitos y la detención momentánea de los movimientos del corazón. El ácido pyrofosfórico obra principalmente sobre el corazón.

Haekel ha presentado á la consideración de dicha sección un trabajo sumamente interesante sobre ciertas formas inferiores á las esponjas, es decir, organismos de tal manera sencillos, que apenas se pueden clasificar entre aquellas. Estos animales tienen dos capas distintas de células y una boca, no estando perforada la pared de su cuerpo como sucede á las esponjas; siendo, sin género de duda, las formas más simples de los metazoarios, y probablemente de formas análogas han salido por una parte los coelentératos (pólipos, corales y medusas) y los equinodermos (estrellas de mar, etc.), y por la otra los gusanos, que á su vez han dado origen á los demás invertebrados y á todos los vertebrados.

En la sección de Geografía, *Cameron* ha hecho un relato de un viaje á través del Africa central y ha descrito el curso de los ríos, en las regiones que él ha recorrido, insistiendo en las facilidades que pueden ofrecer á la navegación y al comercio. La parte occidental, desde el lago de Tanganyika hasta Benguela, es llana y fértil, sirviendo hoy á los merca-

deres de las fronteras de las colonias portuguesas para el tráfico de los esclavos, siendo conducidos estos desgraciados á la región de Zambeza, en donde tienen mayor precio. Según *Cameron*, sería fácil colocar en los lagos de Nyassa y de Tanganyika algunos barcos que impidieran la trata de los negros con la costa oriental, pues que estos dos lagos están bastante cerca el uno del otro para que la ejecución de esta medida se realizase en beneficio de la humanidad.

Los periódicos de medicina de Inglaterra dan cuenta de un caso muy curioso, en el que parece haberse producido el contagio por la leche. Un vendedor de leche del pueblo de Blacko repartía esta bebida á unas cincuenta familias de su distrito. La fiebre tifoidea se presentó de repente en uno de los individuos de su familia, teniendo gran cuidado de no advertir á nadie aquella desgracia; continuó sirviendo á sus clientes, y de pronto se hace notar en todo el barrio la invasión de más de cincuenta personas atacadas de la fiebre tifoidea, y que todas formaban parte de los compradores del lechero. La autoridad averiguó el hecho y tomó las medidas oportunas para remediar el mal, habiendo habido la fortuna, en medio de esta desgracia, de que el mayor número de invadidos han curado con gran rapidez.

La notable publicación francesa titulada *Revista Científica* da cuenta en uno de sus últimos números, de la gran preponderancia que en Inglaterra toman las Sociedades protectoras de animales, y de la frecuencia con que se repiten sus *meetings* para reclamar la prohibición de verificar vivisecciones. Con justa razón el articulista hace presente lo inoportuno de esta petición y la ceguedad monomaniaca de los que la plantean. Ciertamente es que se debe evitar crueldades inútiles y que á ningún fin conduzcan; pero de esto á poner un veto absoluto á aquellos investigadores que esperan de sus observaciones un beneficio directo para la humanidad, hay mucha distancia, pasando de un sentimiento generoso á una sensiblería ridícula y contraria á los principios de la caridad, que antepone á todo al hombre, como el ser más superior y perfecto. Así, pues, mientras la ciencia continúe en el camino emprendido, y en el que tan grandes conquistas va realizando, querer entorpecer sus estudios y arrancarles medios de comprobación y de experimento, nos parece una locura, inspirada por un celo tal vez generoso, pero exagerado y censurable.

JOSÉ UZTARIZ.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

X.

Insistiendo en la descripción de las tierras, corresponde hablar esta noche de las arenoso-volcánicas, llamadas en general entre nosotros negrizales, por el color oscuro que por lo común domina en ellas. Resultado de la destrucción mecánica y descomposición química de las rocas volcánicas y de algunas porfídicas, particularmente de las dioritas, se incluyen estas tierras en la sección de las arenosas por el estado físico que suelen ofrecer sus detritus, á pesar de no ser la sílice el elemento dominante, sino más bien el arcilloso, como consecuencia natural del carácter feldespático de los productos de las últimas manifestaciones de la actividad terrestre. Sin embargo, teniendo en cuenta la diferente composición de estas rocas, parece, y es con efecto natural, que no todas las tierras volcánicas y porfídicas posean idénticos elementos minerales condiciones físicas. Todas ellas son muy feraces, pero las procedentes de las traquitas lo son ménos que las basálticas, dioríticas y lávicas modernas, estas últimas, sin disputa alguna, las mejores. Determinan esta escala de fertilidad la diferente composición y hasta el variado color que las distingue. Con efecto, las traquitas, sobre ser por regla general ménos complicadas en sus elementos componentes, reducidos en la inmensa mayoría de los casos al feldespato ortosa en estado granular, á la mica y piróxeno, afectan por lo común tintas claras, dando así origen á tierras frías y algo secas por la estructura arenosa que las distingue; al paso que los basaltos, las dioríticas y las lavas recientes constan de feldespato de base de cal, de piróxeno, olivino y hierro los primeros; de feldespato de la misma base y anfíbol, las segundas, y de la mezcla de varios feldespatos, de anfígena, piróxeno, mica y muchas otras sustancias los productos de las erupciones de los volcanes en actividad, y aún de muchos apagados, pero posteriores á los basaltos. De esta sola consideración fácil es deducir que las tierras resultado de la destrucción de estos tres últimos grupos de rocas habrán de ofrecer mejores condiciones de fertilidad, siendo más adaptables á mayor número de plantas, pues encuentran en sus detritus la potasa, la sosa, la cal, la magnesia, la sílice, el hierro y otras sustancias útiles y para muchas necesarias. Pero á más de esto ofrecen estas tierras mejores condiciones físicas, figurando en primer término la coloración oscura, particularmente las basálticas y lávicas, llegando en algunas hasta el negro, lo cual autoriza á que se las llame en la Mancha baja, con toda propiedad, negrizales; circunstancia que las hace ser ardientes, ya que la tinta que afectan supone la total absorción de la luz y con ella del calor solar, en contraposición de las blancas, que la reflejan toda y son frías.

En todas las volcánicas y en las porfídicas la arcilla es el elemento dominante por razón de su procedencia feldespática, siquiera no sean tan húmedas como las arcillosas, por la interposición de las arenas, cenizas volcánicas y del lapili, que casi siempre proceden de las mismas erupciones ó fueron

arrastradas por las aguas, circunstancia que les comunican en parte el carácter arenoso.

Agrégase á todas estas razones otra muy favorable á la fertilidad, cual es la abundancia del ácido carbónico que suele caracterizar á estas tierras, ora resultado de reacciones químicas que se verifican en el seno de las mismas rocas y en el propio suelo vegetal, ora como emanaciones espontáneas del interior, segun se nota en los llamados campos flegreos napolitanos, y entre nosotros en la region volcánica de Almagro, Miguelturra, Granátula y Campo de Calatrava, donde se nota el singular fenómeno de ser acídulas todas las aguas, hasta las potables.

También abunda en ellas la sílice naciente, arrastrada unas veces por las materias mismas sólidas, líquidas ó gaseosas que arrojan los volcanes, como es el caso, por ejemplo, de los geiseres y manantiales termales que en muchos existen, y producto otras, y casi siempre, de la lenta descomposición del feldespato, del piróxeno, anfíbol y demás silicatos que entran en la descomposición de dichas rocas.

Dada la procedencia y variada composición mineral de los productos volcánicos, no deberá extrañarse, pues, que escasee en ellas la materia orgánica que, cuando existe, ha sido llevada por el hombre en forma de abonos, y algunas veces también por el elemento líquido, aparte del mantillo local, consecuencia de las plantas mismas y de los animales que en ellas perecen. Por fortuna, estas tierras necesitan pocas sustancias orgánicas, ántes por el contrario, puede decirse que los productos volcánicos constituyen uno de los más ricos mejoramientos y aún abonos minerales que pueden emplearse incorporando convenientemente sus detritus con la tierra vegetal. Circunstancia es esta muy digna de tenerse en cuenta, particularmente para aquellas comarcas que, como las de la Mancha, Olot y Castellfollit, islas Columbretes, Orihuela, etc., abundan en esta clase de materiales que pueden utilizarse en este doble concepto.

También concurre á dar más importancia á estas tierras la calidad casi siempre impermeable, ó punto ménos, del subsuelo y de la roca viva, si esta es también volcánica, segun se observa cuando aquellas son locales, y de cuya naturaleza suele participar la capa inferior del suelo, pues esto determina la mayor abundancia de la humedad en el horizonte ocupado por las raíces, la cual, no siendo excesiva, es siempre favorable. Tal es lo que se observa en el Vesubio, en el Etna y sus alrededores y también en Almagro, donde el subsuelo lo forman casi siempre la cuarcita y las pizarras del terreno silúrico. Muchas y muy variadas plantas crecen espontáneamente y se cultivan en las tierras volcánicas y dioríticas, distinguiéndose aquellas por su asombroso desarrollo, y estas por sus exquisitos frutos y demás productos. Respecto de las primeras, no olvidaré jamás las malvas silvestres de las islas Columbretes, que ví cuando se construía el faro, de aspecto arbóreo más que de arbustos, y los árboles magníficos de las faldas del Vesubio y del Etna, en cuyo último punto se conservaban aún cuando lo visité en 1852 los restos del célebre castaño llamado de *cento cavalli*, por ocupar su copa tanta extensión, que podían colocarse alrededor de su sombra cien caballos.

Tocante á las plantas cultivadas, adaptación dichas tierras á tan diversas especies, que sería difícil enumerarlas todas; pero entre ellas distínguese por lo especial de sus productos la vid, como lo

justifica el famoso Lacrima-Cristi del Vesubio y las ricas uvas que lo dan; el Tokay de Hungría, la Malvasía de Estromboli, el célebre Marsala, el de Chipre y gran parte del celebrado mosto del Rhin. Después de la vid se dan perfectamente en estas tierras los cereales, como lo acreditan las negrizales de la Mancha Baja; el olivo, siendo famosas las aceitunas de los alrededores de Nápoles y de Sicilia; el algarrobo; el castaño, el algodónero, como he visto en las tierras de Pompeya y en las cercanías de Catania. Los árboles frutales rinden abundantes cosechas y muy sabrosos frutos, que conocen cuantos han tenido la fortuna de visitar las comarcas volcánicas italianas.

Otra de las variedades de las tierras arenosas es la arcillo-arenoso-ferruginosa, que á diferencia de las anteriores, por regla general es poco apta para el cultivo, sobre todo si predomina el color rojo, resultado de la peroxidación del hierro, pues á veces suelen apelotonarse y endurecerse formando como una especie de conglomerados duros y consistentes que impiden el libre desarrollo de las raíces. El mejor partido que puede sacarse de estas tierras, si las condiciones climatológicas lo permiten, es dedicarlas á plantaciones de castaños y álamos blancos, que dan en semejante suelo excelente madera, y sabrosas nueces aquellos. Tampoco se dan mal los avellanos, como se observa en muchos puntos de Cataluña y en la parte montañosa de las provincias de Castellon, Teruel y Tarragona, particularmente en los puertos de Benifasar y Beceite, donde estas tierras proceden de la descomposición de los materiales ó rocas jurásicas y cretáceas.

La sexta variedad es la de tierras arenoso-humíferas, conocidas con el nombre de brezales ó suelos de brezo, por la abundancia de restos de estas plantas que en ellas se encuentran. Compónense, por lo comun, de una mezcla de arena silícea y de mantillo en proporción notable, resultado de la destrucción de brezos, genistas, helechos, rododendron y otras plantas análogas que viven en dichos suelos. La abundancia de hierro y tanino que en estas plantas se advierte, comunica al suelo caracteres propios fáciles de reconocer por su coloración oscura y sabor astringente ó estíptico. Son tierras sueltas, arenosas, muy permeables, y sin embargo cálidas por su coloración oscura; las plantas que en estas tierras se desarrollan no son muchas, pero se emplean como excelente mejoramiento y como abono para aquellos vegetales que necesitan calor y sustancias orgánicas. Abundan estas tierras en los grandes bosques, donde, por razón de la sombra que dan los árboles, conservan más la humedad, son menos cálidas y preferibles para las plantas delicadas de estufa.

Hé aquí ahora el resultado del ensayo de algunas de estas tierras arenosas.

ARENOSO-SILÍCEAS.

Bordes del Nilo.		Aluviones del Loira.	
Silíce.....	47,39	Arena silícea...	32
Arcilla.....	32,50	Idem caliza....	11
Per. de hierro..	11,20	Arcilla.....	31
Carb. calizo....	2,02	Caliza.....	17
Materia org....	6,50	Mantillo.....	9
	<u>99,61</u>		<u>100</u>

DE BREZO.

Landas de Burdeos.		Meudon.	
Arena silícea...	83	Arena silícea...	62
Restos orgánicos	4	Restos orgánicos	20
Mantillo.....	9	Mantillo.....	16
Arcilla.....	6	Caliza.....	0,8
Caliza.....	0,5	Materias solub..	1,2
Oxido fénico...	0,5		
	<u>100</u>		<u>100</u>

Otra variedad puede servir como de apéndice á las tierras silíceas, y es la que procede de la destrucción mecánica y química de las pizarras arcillosas y de las cuarcitas, reputada por Rojas Clemente como especial y de predilección para el cultivo de la vid, por la estructura hojosa y la disposición de sus estratos, casi siempre muy inclinados y á veces hasta verticales, lo cual permite que se empapen y retengan por su naturaleza arcillosa la humedad atmosférica y las aguas llovedizas que acuden con oportunidad á satisfacer las necesidades de aquella planta. El hierro y la arcilla que concurren á su formación, contribuyen muy eficazmente á la vida y desarrollo de esta y á la perfección del fruto, atrayendo y fijando el oxígeno y ácido carbónico de la atmósfera y los humores de que el vegetal se nutre. El poco coste de las labores, añade Clemente, que no pueden ser ni es menester que sean muy profundas, ni demasiado frecuentes, ni pesadas, la bondad eminente del mosto y otras ventajas que posee, aseguran á la pizarra arcillosa cubierta de su propio desecho ó detritus el lugar que le señalamos, y le conceden varios pueblos extranjeros entre los terrenos predilectos de la vid.

Estas tierras, á las que deben su superioridad los vinos de Cariñena, del Priorato, muchos de los de Granada y la mayor parte de los de Málaga, se distinguen de los barros y arenas de Clemente por la proporción en que entra la sílice dominando sobre los demás elementos, siquiera nunca alcance á la mitad de su masa, y también por la tenacidad de sus componentes, cuyas partículas se hallan de tal manera incorporadas, que sólo los reactivos pueden separarlas.

Dado el predominio de los terrenos silúrico, devónico y carbonífero en nuestro suelo, compuestos casi exclusivamente de pizarras, y el interés que justamente inspira el cultivo de la vid, se comprende la importancia que pueden ofrecer estas consideraciones geológica-agrícola.

J. VILANOVA.

6 de Febrero de 1877.

Congreso de Glasgow.

SECCION DE MATEMÁTICAS Y DE FÍSICA.

J. Thomson: Las sinuosidades de los rios.—Unidades absolutas de fuerza.—W. Thomson: Movimiento precesional de los líquidos.—Reloj astronómico.—C.W. Siemens: El batómetro.—Dr. Kerr: Relaciones entre el magnetismo y la luz.—Bottomley: Conductibilidad calorífica del agua.—Froude: El vuelo de los pájaros.

M. James Thomson somete á la seccion un pequeño aparato muy ingenioso, que demuestra que los rios que corren sobre terreno de aluvion tienden siempre á hacerse más sinuosos, á causa de la existencia de una corriente inferior que trasporta las tierras de la curva exterior á la otra orilla.

M. Thomson propone tambien que se adopten nombres especiales para dos unidades absolutas de fuerza: para la primera, fundada sobre el decímetro y el kilogramo, propone el nombre de *crinal*; porque podría sostenerse con un cabello (*crinis*); para la segunda, fundada sobre el metro y la tonelada, propone el nombre de *funal*, de *funis*, cuerda. La unidad de trabajo para la primera sería entonces el *decímetro crinal*, y para la segunda el *metro funal*. La fuerza de un caballo de vapor es próximamente tres cuartos de *metro funal*.

—Sir W. Thomson lee una Memoria sobre el movimiento *precesional* de un líquido. Llama movimiento precesional de un líquido á un cambio continuo de eje de rotacion, acompañado de distorsion. Sin distorsion, el cambio de eje de rotacion no podría producirse en un líquido perfecto. Si se llena de agua un globo de cristal, de forma de elipse, y se hace girar rápidamente durante algun tiempo, de manera que se comunique el movimiento al agua encerrada, presenta el globo todas las propiedades de un girostático sólido.

Sir W. Thomson describe tambien un reloj astronómico de su invencion. El carácter principal de este aparato consiste en la extraordinaria dulzura de sus contactos que mantienen el movimiento del péndulo sin modificarlo.

—El doctor C. W. Siemens presenta el nuevo aparato al cual ha dado el nombre de batómetro. Este pequeño aparato mide en realidad la intensidad aparente de la pesantez en un lugar determinado; puede servir para medir la profundidad del mar, porque la densidad del agua, comparada á la de las rocas terrestres, es bastante débil para que la pesantez sea ménos intensa sobre agua que tenga mucha profundidad que sobre la que tenga poca. Las partes esenciales del batómetro son: un vaso grande lleno de mercurio, con un fondo flexible llamado diafragma, el cual está sostenido por un fuerte resorte, y al mismo tiempo solicitado de arriba á abajo por un peso. Cuando la pesantez aumenta, el diafragma baja; si la pesantez disminuye, el diafragma sube, y estos movimientos se manifiestan á los ojos del observador por los de una columna de mercurio en comunicacion con el mercurio del vaso grande y encerrada en un tubo termométrico enrollado sobre sí mismo en espiral horizontal y aplanada. Para graduar el instrumento, basta determinar dos de sus puntos por sondajes directos y dividir proporcionalmente el resto del tubo. El batómetro da la profundidad media relativa á una superficie de unos 500 metros de radio.

—El doctor Kerr, de Glasgow, ha descubierto una nueva relacion entre el magnetismo y la luz. Si se dirige un rayo de luz polarizada sobre la ex-

tremidad pulimentada del hierro dulce de un electro-iman, y ántes de hacer pasar la corriente eléctrica se dispone un prisma de Nicol, de manera que extinga la luz reflejada, esta luz reaparecerá en cuanto se haga pasar la corriente. Para aumentar la imantacion de la superficie reflejadora, es bueno tener muy cerca de esta superficie el ángulo agudo de una masa de hierro dulce en forma de cono.

—M. Bottomley da cuenta de los experimentos que ha hecho sobre la conductibilidad del agua con relacion al calor. El número que ha obtenido se separa muy poco del que representa la conductibilidad del hielo.

—M. Froude lee una Memoria sobre el vuelo de los pájaros, y emite la opinion de que todas las veces que un pájaro se sostiene en el aire sin ningun movimiento de alas, aprovecha alguna corriente ascensional, producida por un obstáculo, que hace subir una columna de aire.

SECCION DE ANTROPOLOGIA.

M. Kann: El origen del instinto.—J. Shaw: El uso de la mano derecha.—Barret: El magnetismo.—Fenómenos curiosos.

M. J. M. Kann lee un importante trabajo sobre el origen del instinto, en el cual trata de combatir la teoría darwiniana de la herencia de las inclinaciones, apoyándose en diferentes experimentos que ha hecho en las abejas.

—M. J. Shaw lee una Memoria bastante corta sobre la universalidad del uso de la mano derecha, y cita como observacion accesoria el curioso hecho, comunicado por sir Samuel-Baker, de que el elefante se sirve mucho más de su defensa derecha que de la izquierda. En otro trabajo sobre los progresos intelectuales de los animales sometidos á la influencia del hombre, hace notar todas las modificaciones introducidas por el hombre en las costumbres de los animales salvajes.

—El profesor Barret presenta una Memoria interesantísima sobre el magnetismo animal. Entre otros casos notables, está el de una jóven magnetizada por él y uno de sus colegas: una vez dormida, la jóven quedó en una insensibilidad completa, hasta que la persona que la interrogaba le hizo una pequeña presion con el dedo en las pupilas, y entonces contestó con notable vivacidad. Variando el punto de aplicacion de la presion que se ejerce sobre la cabeza, el doctor obtenía las expresiones y los gestos más diferentes. Otra vez la jóven magnetizada manifestó una sensibilidad extraordinaria á la voz y á las menores acciones del operador; pronunciaba éste su nombre, tan bajo que no podia oírle ninguno de los presentes, y en el acto la jóven contestaba. En vista de este fenómeno, M. Barret salió de la casa, y en la calle pronunció el nombre de la jóven diferentes veces; la magnetizada contestaba mientras tanto, con voz cada vez más débil, mientras mayor era la distancia á que M. Barret pronunciaba su nombre.

M. Barret cita tambien el caso de una jóven irlandesa que nunca había salido de su aldea, y un dia describió *Regent Street* como si la hubiera visto, porque en dicho sitio pensaba el operador al magnetizarla. La misma jóven indicó varias veces la hora que señalaba uno de los relojes públicos de Londres. M. Barret deduce de estos hechos, que toda idea en que el operador concentra su pensamiento, produce una idea de la misma naturaleza en la imaginacion de la persona magnetizada.

El Dr. *Carpenter* cita igualmente varios casos en apoyo de esta manera de ver.

El coronel *Lane Fox* refiere que ha obtenido resultados análogos en individuos de su familia.

El presidente de la seccion, Mr. *Russel Wallace*, da cuenta de haber provocado fenómenos de magnetismo muy notables, que merecen ser objeto de un estudio especial.

SECCION DE ZOOLOGÍA Y DE BOTÁNICA.

A. Newton: Influencia perturbadora del hombre en la distribución geográfica de los animales.—J. Murray: Origen de los depósitos oceánicos.—Leith Adams: Los fósiles de la isla de Malta.

El presidente de la seccion, Mr. *A. Newton*, señala dos hechos importantes que acaban de realizarse: el primero es el regreso del *Challenger* con abundante cosecha de muestras zoológicas y botánicas; y el segundo es la publicacion de la gran obra de *M. Wallace* sobre *La distribución geográfica de los animales*. Después de indicar los servicios prestados á la ciencia por el sabio autor de esta obra, *M. Newton* se ocupa de los cambios que se operan en nuestros dias en esta distribución por la intervencion del hombre en detrimento frecuentemente del interes general. Como ejemplo de estos cambios perjudiciales, cita la rápida destruccion de las faunas insulares, y demuestra cuáles deben ser sus funestas consecuencias, á saber: multiplicacion exagerada de ciertas razas, y destruccion proporcional de ciertas especies vegetales. Protesta contra la destruccion exagerada de ciertos peces, contra la de las focas y pájaros marinos, y termina diciendo que si la accion del hombre en la naturaleza no ha sido siempre favorable, es para él y para todo naturalista un gran deber no combatir el órden establecido por la naturaleza, y asociarse á sus medidas preservadoras.

—Mr. *J. Murray* presenta una memoria sobre los depósitos oceánicos y su origen, segun las observaciones hechas en el *Challenger*. Una parte de las sustancias de que se compone el fondo de los mares profundos, proceden de erupciones de volcanes submarinos, y no son más que polvos de piedra pomez. Los detritus de la tierra actualmente existentes, no son arrastrados más que á 400 ó 500 kilómetros de las costas. Si esos depósitos no tienen equivalentes geológicos terrestres, es claro que la existencia de nuestros grandes continentes abraza un período geológico ya muy largo.

—Mr. *Leith Adams* describe los fósiles encontrados por él en la isla de Malta, y cita especialmente unos elefantes enanos de ménos de un metro de altos; una marmota del tamaño de un cochinillo de la India, y un cisne muchísimo más grande y gordo que sus congéneres actuales. El número total de especies desaparecidas, y cuya antigua existencia se ha comprobado en Malta, se eleva á 150, y estos animales sólo han podido existir en una época en que la isla formara parte de un continente.

SECCION DE MECÁNICA.

Merrifield: Imperfeccion de la educacion científica actual.—Scott Moncrief: Nuevo motor de aire para los tranvías.—B. Latham: Las aguas subterráneas.—B. Fell: Ferro-carriles militares de fácil construccion.—C. Bergeron: Supresion de las barras de arena en la entrada de los puertos.

El discurso de *M. Merrifield*, presidente de la seccion, se refiere á la imperfeccion de los métodos generalmente adoptados para la enseñanza de las

ciencias naturales y de la mecánica. En su opinion, es demasiado amplia la parte que se consagra en las Universidades á los estudios históricos y literarios, y cree que se obtendrían más ventajas consagrandose más tiempo á las ciencias exactas. Aun en los establecimientos de primera y segunda enseñanza se empieza muy pronto la geometría pura y muy tarde el álgebra, olvidándose generalmente el dibujo lineal.

—*M. Scott Moncrief* describe un motor de aire que ha inventado para los tranvías. La fuerza motriz de que hace uso es el aire comprimido, y su invencion está ya ensayada, habiéndose conseguido todas las condiciones que requiere un carruaje de esta clase. En las calles de Glasgow se han repetido los ensayos con asistencia de los miembros del Congreso.

—*M. B. Latham* refiere los resultados de sus estudios sobre las aguas subterráneas, y llama la atencion sobre los peligros que produce para la salud pública el uso de las aguas cuya procedencia y las comunicaciones posibles con los focos de polucion no están suficientemente reconocidas. En casi todas las ciudades de Europa, ningun pozo está al abrigo de toda infeccion para que su agua pueda ser considerada como salubre.

—*M. B. Fell* da cuenta de los notables experimentos hechos en el campo de Aldershot, de una nueva forma de ferro-carril militar de rápida construccion. El largo de la línea construida en veinticuatro horas es de kilómetro y medio; el ancho de la vía 45 centímetros; la mayor pendiente, dos centímetros por metro; el mas pequeño radio de curva, 20 metros; la altura extrema, 7^m,25. La locomotora y los wagones se construyen de manera que su centro de gravedad está muy bajo, y llevan ruedas laterales que se deslizan por los lados de los rails, sirviendo de guías y asegurando la estabilidad lateral del tren en movimiento. La locomotora pesa cuatro toneladas y media, y el tender dos y media; los wagones tienen tres metros de largo y 1^m,70 de ancho. El objeto propuesto y conseguido es: que cada wagon pueda llevar un peso de tres toneladas; que dos wagones lleven un cañon de sitio de siete toneladas; que una locomotora de seis toneladas pueda hacer subir un tren de 30 toneladas pendientes de dos centímetros con una velocidad media de 16 kilómetros por hora, y una velocidad máxima doble; y que el ferro-carril se construya á razon de kilómetro y medio por dia, empleando 500 obreros. Esta rapidéz de construccion ha sido mucho mayor en los ensayos y se ha demostrado que se pueden construir tres kilómetros de vía al dia.

—*M. C. Bergeron* lee una Memoria sobre un procedimiento inventado por él para desembarazar la entrada de los puertos de las barras de arena que cierran el acceso. Basta para esto meter en la arena un tubo cerrado por las dos puntas y lleno de pequeñas aberturas, por las cuales se hace salir el agua por medio de una bomba bastante potente. Los chorros que salen por las aberturas barren la arena, que es arrastrada por la marea descendente, haciendo un canal cuya anchura es igual á la extension del tubo empleado. *M. Bergeron* ha hecho experimentos en gran escala, y presenta en su Memoria los satisfactorios resultados obtenidos.